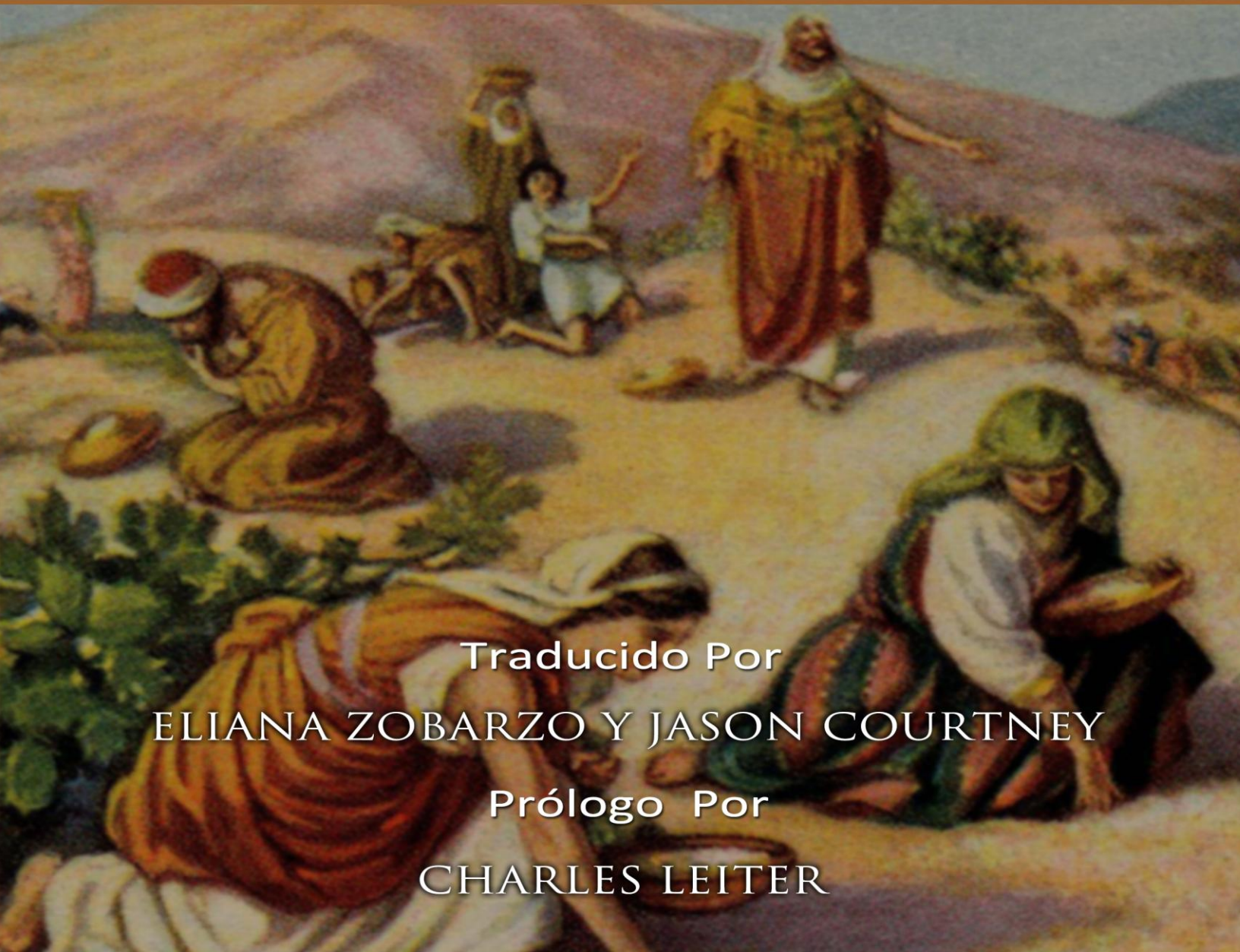


# EL EVANGELIO SEGÚN RUT

*por Conrad Murrell*



Traducido Por

ELIANA ZOBARZO Y JASON COURTNEY

Prólogo Por

CHARLES LEITER

Escuché al hermano Murrell dar estos sermones basados en el libro de Rut más o menos en el año 1971, en una sala de estar llena de gente, estando recién convertido. Las verdades que él extrajo eran hermosas, dulces, preciosas, y provechosas. Había una sensación de quietud santa y de sobrecogimiento—qué complejidades hay en la buena Palabra de Dios. A mi modo de ver, este comentario sobre el libro de Rut es “lo mejor del trigo” (Salmo 81:16), agua pura de los “manantiales de la salvación” (Isaías 12:3); una historia de la humanidad; la historia de la redención; un recordatorio del aprieto en que se encuentra el hombre y de la vía de escape; un consuelo en cuanto a la providencia divina, y buenas noticias sobre un Salvador maravilloso. ¡Bendito amor soberano! Recojamos esta “sabiduría de lo alto” —superior al oro.

— Bob Jennings  
*Highway M Chapel, Sedalia, MO*

\* \* \*

Conrad Murrell ha concentrado su profunda percepción y el fervor de su corazón en extraer los tesoros que se hallan por debajo de la superficie del libro de Rut. Es un gusto recomendar este excelente libro. Serás enriquecido y bendecido mientras escudriñas estos tesoros.

— Don Johnson  
*Grace Baptist Church, Batesville, AR*

\* \* \*

Aunque históricamente el libro de Rut conecta Jueces con el surgimiento del señorío de David, su verdadero valor se encuentra en el símil del amor redentor de Cristo como nuestro pariente redentor, y Su novia desposada. Conrad Murrell extrae este tema desde este libro con mucha claridad y convicción del Evangelio. Habiendo conocido al autor por alrededor de 35 años como mi padre en la fe y compañero de trabajo en el sembradío, este libro ha producido muchas gavillas de estas labores. Honrando a Cristo y satisfaciendo al alma, este libro es un banquete espiritual para aquellos que se encuentran en una tierra asolada por el hambre.

— Mark LaCour  
*Grace Bible Fellowship, Baton Rouge, LA*

\* \* \*

Me acuerdo muy bien de cuando Conrad Murrell vino a nuestra iglesia en Denton, Texas, a comienzos de los '80. Él vino varias veces a lo largo de los años, pero una de las series de reuniones más memorables que predicó fue cuando enseñó a través del libro de Rut. La serie de Rut fue más rica y edificante que cualquier otro tema que nuestra iglesia había escuchado jamás. En aquel entonces, la realidad del Evangelio que salió del libro de Rut fue un pozo profundo de verdad para nuestra iglesia. Apenas podía creer cómo un hombre podía sacar tantas riquezas del Evangelio, a través de un libro del Antiguo Testamento que había sido ignorado. El libro de Rut cobró vida para toda nuestra iglesia a través del ministerio del hermano Murrell. Ahora, treinta años después, estoy encantado de ver que en la actualidad, los mensajes de Conrad extraídos del libro de Rut están impresos, para beneficio de muchos. Sinceramente recomiendo leer este libro; todos sus lectores saldrán beneficiados.

— Mack Tomlinson  
*Providence Chapel, Denton, Texas*

# EL EVANGELIO SEGÚN RUT

*por Conrad Murrell*

TRADUCIDO POR  
ELIANA ZOBARZO Y JASON COURTNEY

**Copyright © 2017**  
**Derechos reservados por**  
**Eliana Zobarzo y Jason Courtney**

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de parte del autor para utilizar o reproducir cualquier parte de este libro, a excepción de citas breves en artículos de revisión o crítica.

Publicado por Free Grace Press, [FreeGracePress.com](http://FreeGracePress.com)

Diseño de cubierta por Jon J. Cardwell, [JonJCardwell.com](http://JonJCardwell.com)

Formato de Kindle por Jon J. Cardwell, [JonJCardwell.com](http://JonJCardwell.com)

Las citas bíblicas son tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS © Copyright 1986, 1995, 1997 by The Lockman Foundation Usadas con permiso.

# ÍNDICE

## **PRÓLOGO**

### **INTRODUCCIÓN**

El Nombre de Dios

En la Tierra

El Nombre de Dios y Su Pueblo

Nuestro Nombre

### **CAPÍTULO 1**

ELIMELEC

### **CAPÍTULO 2**

ELIMELEC

### **CAPÍTULO 3**

NOEMÍ

Las consecuencias de la Caída

La gracia anticipatoria de Dios

ARREPENTIMIENTO GENUINO

### **CAPÍTULO 4**

BOOZ

### **CAPÍTULO 5**

RUT

El Dios de Sem

### **CAPÍTULO 6**

BOOZ

Rut en reposo

Conclusión

## PRÓLOGO

**Considero** un gran privilegio escribir el prólogo de *El Evangelio Según Rut*. Conrad Murrell ha sido mi amigo y mentor por más de cuarenta años. Durante todos esos años, me ha ayudado personalmente de muchas más formas de las que puedo contar. Una y otra vez me he encontrado aconsejando a otros con ilustraciones y exhortaciones que antes aprendí de él. Como “pastor de pastores”, él también me ha dado sabiduría y dirección invaluable en varios momentos de “crisis” en el ministerio pastoral. Sus conocimientos me han guardado de muchos peligros, lazos y trampas, y por esto estoy profundamente agradecido de Dios.

Los sermones del libro de Rut que conforman este tomo nos llevan desde las doctrinas de Dios y el hombre, pasando por la Caída, hasta las doctrinas de la redención y el descanso final en Cristo. Estos sermones ocupan un lugar especial en mi corazón por varias razones. Ocurrió que mientras los escuchábamos, hace muchos años atrás, mi esposa fue convertida cuando aún era alumna en la universidad. También yo fui muy bendecido por ellos. En especial, me acuerdo de la exhortación del hermano Murrell a “no conformarme con menos que Booz” y a “no ir tras los hombres jóvenes”. En aquel entonces yo estaba dedicando más tiempo al estudio de la teología que al Señor, y esta advertencia me encaminó en la dirección correcta. ¡Que el Señor use este libro para convertir, fortalecer, advertir y edificar a muchos otros en los días venideros!

— Charles Leiter  
Autor de *Justificación y Regeneración*

*Mejor es el buen nombre que el buen unguento... **Eclesiastés 7:1***



# INTRODUCCIÓN

## ¿QUÉ HAY DETRÁS DE UN NOMBRE?

**Cuando conocemos** a una persona, lo primero que se nos viene a la cabeza es: “¿Cuál es su nombre?”. Casi todos, en algún momento, han estado interesados en el significado de los nombres. Probablemente tú has investigado acerca de tu propio nombre, de su significado y origen. De hecho, tiene un origen. Provino de alguna parte y tiene algún significado.

Para la mente occidental moderna, un nombre es generalmente sólo algo para distinguir a Josué de Roberto; simplemente un apelativo. Pero, en los tiempos bíblicos y en el pensamiento oriental, los nombres significaban mucho más que eso. De hecho, todos los nombres que aparecen en la Biblia son divinamente inspirados. Creo firmemente en la inspiración verbal de la escritura; cada *palabra* es inspirada. Muchas personas aparecen en las escrituras sin nombres; por ejemplo, “cierto rico” o “cierto hombre bajó de Jerusalén a Jericó”. Sin embargo, otras personas son nombradas específicamente; y sus nombres se mencionan por un motivo específico. Cuando el Espíritu Santo se encarga de que se den los nombres en las escrituras, se dan con un propósito.

No conocemos todos los significados de los nombres que se encuentran en las escrituras, pero eso no quiere decir que no tengan significado. Nuestra ignorancia no anula la validez de la Palabra de Dios. Hemos perdido algunos de los significados; en otros, sólo podemos suponer. No obstante, sí sabemos muchos de ellos; y tienen un significado poderoso. La Biblia no contiene palabras sin significado; todas quieren decir algo. A menudo, el descubrimiento de los significados enriquece enormemente nuestro estudio de la palabra y nuestra comprensión de lo que el Espíritu Santo quiere decirnos.

La palabra hebrea que es traducida “nombre” es *shem* [sem]. Sem fue el nombre del hijo mayor de Noé. Cam y Jafet eran sus hermanos. De estos varones provinieron las tres mayores divisiones raciales de la humanidad. Con el tiempo, el pueblo camita llegó a conformar la raza negra; los jafetitas conformaron los pueblos caucásicos y germanos, o raza caucásica; y los descendientes de Sem llegaron a ser la raza oriental o mongoloide. Sin embargo, los matrimonios interraciales y el hecho de que se entremezclaran los tres linajes principales ha ocasionado que ahora se vuelva difícil hacer distinciones entre ellos.

El linaje de Sem no fue solamente el antecesor de la raza oriental, sino también de Abraham, Isaac y Jacob, de todos los hijos de Israel y del Señor Jesús, finalmente. Es el linaje de la raza hebrea y el linaje según la carne del Salvador.

La palabra *shem* significa prestigio, fama, o reputación; aquello por lo cual alguien es conocido. Nombraban a una persona conforme a aquello con lo cual era asociado. En otras palabras, el nombre hebreo quería decir: “aquello que tú eres”. Asimismo, hay relatos bíblicos donde niños recibieron sus nombres debido a las circunstancias en las que nacieron. Por ejemplo, cuando los filisteos se apoderaron del arca del pacto, la nuera del sumo sacerdote Elí dio a luz un hijo al que ella nombró *Icabod*, lo cual significa “la gloria del Señor se ha ido”. Desde aquel tiempo hasta ahora, *Icabod* ha sido un sinónimo de aquello que está arruinado, que ha sido abandonado y reprobado.

## El Nombre de Dios

Es interesante que no sepamos el nombre de Dios. Esto no fue un descuido del Señor. Hay muchos nombres de Dios en la Biblia; sin embargo, todos ellos son nombres parciales; sólo dan a conocer una faceta pequeña de quién es Él. Si Dios sólo tuviese un nombre, entonces nuestro conocimiento de Dios estaría limitado a lo que aquel nombre significara. Dado que el nombre de una persona es su fama —lo que ella es, o por lo que es conocida— es imposible limitar a Dios a un solo nombre, porque Él es infinito. Uno puede limitar a Dios en su propia imaginación o en su falta de disposición a creerle a Él; pero cuando hace eso, solamente ha limitado su acceso y aprehensión de Dios. Dios no disminuye por nuestra incredulidad. Él es siempre todo lo que Él es, en todo momento y en cualquier circunstancia. Nosotros podemos negarlo, pero Él no puede negarse a Sí mismo.

Por lo tanto, en Éxodo 3:13-14, cuando Dios llamó a Moisés y lo envió a los esclavos hebreos en Egipto para decirles que el Dios de sus padres lo había enviado a ser su libertador, Moisés preguntó: “Quién voy a decir yo que me envió?”; y Dios le dijo a Moisés: “YO SOY EL QUE SOY. Así dirás a los hijos de Israel: “YO SOY me ha enviado a vosotros”. Por lo que podemos entender, este es el significado original de la palabra que ahora se pronuncia “Jehová” o “Yahvé”. Este es un acomodo que hemos hecho de las consonantes YHWH del alfabeto hebreo. Las vocales se excluyeron, porque se creía que el nombre era demasiado sagrado para pronunciarlo. De hecho, era ilegal que un hebreo usara ese nombre. Las vocales se agregaron para hacerlo pronunciable. Simplemente no hay forma de pronunciar YHWH, así que decimos Jehová o Yahvé. Pero su significado es “Yo Soy el que Soy”. Estas palabras —dichas en primera persona del presente— en realidad hacen al nombre inmencionable, salvo si sale de la boca de Dios. Sólo Él puede decir: “YO SOY EL QUE SOY”. Pero vamos a ver que es un nombre maravillosamente apropiado y preciso para el todopoderoso, infinito Dios.

El escritor del libro de Hebreos nos dice: “es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe” (11:6). Esta es la tercera persona del tiempo presente, y dice lo mismo; estamos hablando de Su nombre. Cuando Él habla de Su nombre, Él dice: “Yo Soy”; cuando nosotros hablamos de Su nombre decimos: “Él es”. ¿Él es qué? No se le puede limitar mediante una descripción. Él es. ¿De dónde vino? ¿Cuánto tiempo hace que está aquí? ¿Cuánto tiempo va a estar aquí? Él es. No podemos decir nada más. Antes de que existiera cualquier cosa, Él existía y todavía existe. Él es el eterno YO SOY.

El nombre de Dios nos indica no solamente que Él es, sino que Él es lo que sea nuestra necesidad. La fama, la reputación de Dios, es inherente a Su nombre. Sea cual sea tu necesidad, ÉL ES. Aquellos que se acercan a Dios deben creer que Él es y que es galardonador de los que le buscan con diligencia. El mundo está lleno de creyentes en el Dios que era: el Dios que obró milagros en el pasado; el Dios que dividió las aguas del Mar Rojo; el Dios que hizo que flotara el hierro; el Dios que levantó a los muertos; el Dios que sanó a los leprosos. También creen en el Dios que será: Jesús, quien vendrá un día de estos; quien reinará de nuevo en la tierra; quien nos dará paz, gozo y victoria; quien hará en el futuro todo lo que hizo en el pasado. Pero la fe bíblica consiste en creer en el Dios que es ahora. Todo lo que Él fue en el pasado y todo lo que Él será por siempre en el futuro, Él es *en este preciso momento*. Más concretamente, en lo que respecta a mi necesidad particular en este momento, cualquiera sea esa necesidad, ÉL ES.

En Génesis 22:14 se nos dice que a Abraham, siendo probado por el Señor, se le mandó llevar a Isaac y ofrecerlo como un holocausto en el monte Moriah. Al llegar al lugar, Isaac miró a Abraham y dijo: ‘Padre, aquí están el fuego y la leña, y aquí está el altar, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?’ Abraham respondió: “*Jehová-Jireh*” [“Dios proveerá”]. Dios proveerá un cordero para Sí mismo. Bajo el Antiguo Pacto, un hombre que hacía un sacrificio era obligado a llevar el cordero, o la paloma, o lo que fuera a ser presentado. Pero el *Jehová-Jireh* de Abraham anticipa el Nuevo Pacto y a Cristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. ¿Dónde está el sacrificio por el pecado? Está en invocar el nombre del Señor, *Jehová-Jireh*. Dios proveerá para Sí mismo un Cordero. Diecisiete siglos después, Juan se paró en la ribera del Jordán y dijo: ‘Allí está’. “He aquí el Cordero de Dios”, ‘el Cordero que Dios proveyó para quitar el pecado del mundo’. ¿Cuál es el nombre del SEÑOR? ¡JESÚS! Él es el Cordero que Dios proveyó. Aquel carnero trabado por los cuernos en el matorral; el Cordero de Dios fue ofrecido no en lugar de Ismael, sino de Isaac. El Cordero de Dios ofrecido particularmente por el pueblo elegido de Dios es conforme al Nombre de Dios, *Jehová-Jireh*, el SEÑOR proveerá.

En Éxodo 17 Dios ya había liberado a los descendientes hebreos desde Egipto y los había llevado al otro lado del Mar Rojo. Iban camino a la Tierra Prometida. “Entonces”, dice la Biblia, “vino Amalec”. En el Antiguo Pacto, Amalec es un tipo representativo de la carne, ese cuerpo carnal en el que el hombre renovado está destinado a vivir, pero ya no está obligado a servir. Ésta no tiene ningún interés en las realidades espirituales y siempre ataca al hombre espiritual en su peregrinación. Josué fue enviado a eliminar a este enemigo del pueblo de Dios. “Josué” es el equivalente hebreo del griego “Jesús”. Otro nombre para Jesús es Emanuel, que significa “Dios con nosotros”. La batalla no es nuestra sino del Señor. Moisés tenía la vara de Dios en su mano. Cuando levantaba la vara de Dios, Josué triunfaba sobre Amalec; cuando bajaba la vara de Dios, Amalec triunfaba sobre Josué. Es Dios quien va con nosotros para pelear nuestras batallas; y nos salva de nuestros enemigos incluido Amalec, la carne. “Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13). Pero los brazos de Moisés se cansaban, así que le acercaron una roca (otro tipo de Cristo) sobre la cual podía descansar. Con Aarón y Hur —los hermanos, uno a cada lado— para sostener sus brazos, la vara de Dios fue levantada como un estandarte hasta que el sol se puso, y la batalla de ese día se terminó. Amalec, nieto de Esaú, el hombre carnal, nunca será aniquilado por completo. El pueblo de Dios hará guerra contra él mientras dure la tierra. Tú tendrás que hacer guerra contra tu carne desde ahora en adelante, pero en tanto la vara de Dios esté elevada, triunfarás. Moisés edificó un altar ahí y lo llamó “Jehová-Nissi”, “El Señor es mi Estandarte”.

En ciertas ocasiones te puede parecer que has ganado la victoria, y será así. Pero sólo será para ese día, o esa hora; y la victoria no será tuya, sino de Cristo. Necesitarás la misma victoria mañana. Amalec, la carne, con sus emociones carnales —ira, envidias, impaciencia, intolerancia, rencores, resentimientos, concupiscencias y todo lo que constituye nuestra frágil naturaleza humana— vendrá a derribarte; y ciertamente perderás, a menos que el estandarte —Jehová-Nissi, “El Señor mi Estandarte”— sea erigido. Ni siquiera tienes la fuerza dentro de ti para mantener el estandarte levantado. Él ha provisto eso también. Él ha llamado a una iglesia —un cuerpo de creyentes— y la capacitó con varios dones para sostenerse, edificarse y animarse uno al otro. Tú tendrás la ayuda de tus hermanos y hermanas en Cristo para triunfar hasta que termine tu vida. Habrá guerra hasta que caiga el sol, hasta que Dios te lleve de aquí. Pero Dios es tu Estandarte. Hay victoria en Jesús. Su Nombre es tu Estandarte.

## En la Tierra

Después de que los hijos de Israel llegaron y se establecieron en la tierra de Canaán, sus perversidades y pecados provocaron el juicio de Dios sobre ellos; y Él los entregó a la opresión madianita por siete años. Los madianitas eran un pueblo extremadamente feroz y cruel, que había destruido las cosechas de los israelitas y por poco los había hecho morir de hambre. Entonces clamaron al Señor por ayuda, y Él envió a un profeta que reafirmó que Él era su Dios y que no tenían nada que temer de los dioses de sus enemigos: “Y vino el ángel del SEÑOR y se sentó debajo de la encina que estaba en Ofra, la cual pertenecía a Joás abiezerita, y su hijo Gedeón estaba sacudiendo el trigo en el lagar, para esconderlo de los madianitas. Y el ángel del Señor se le apareció, y le dijo: El Señor está contigo, valiente guerrero” (Jueces 6:11-12).

Piensa en eso un momento. Aquí estaba un hombre que gateaba y reptaba por todo el lagar, tratando de esconderse mientras sacaba un poco de pan. Estaba temiendo que el enemigo lo viera, le quitara el grano y lo dejara morir de hambre. El Señor lo llamó “varón esforzado y valiente” (RV60). Gedeón ciertamente no se veía como un hombre así, ni se sentía como tal. Esto no tenía ningún sentido para él: “Entonces Gedeón le respondió: Ah señor mío, si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos ha ocurrido todo esto? ¿Y dónde están todas sus maravillas que nuestros padres nos han contado, diciendo: “¿No nos hizo el Señor subir de Egipto?...Y el Señor lo miró, y dijo: Ve con esta tu fuerza, y libra a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te he enviado yo?” (Jueces 6:13a, 14). Es de entender que Gedeón tuviera muchas dificultades para creer que este era un ángel del SEÑOR y que el SEÑOR le estaba diciendo que él, el más pequeño de una de las familias más pobres de todo Israel, iba a ser un salvador y libertador de Israel de manos de los poderosos madianitas. En ningún caso un hombre de fe, él pidió una señal de que podría creerle al ángel. Preparó comida y bebida y la puso sobre una roca ante el ángel, quien entonces la tocó con su vara. Para asombro y terror de Gedeón, se levantó fuego de la roca y quemó la carne y el pan. Gedeón estaba más aterrorizado que nunca. Había visto a un ángel del SEÑOR, de cuya realidad había dudado. Pensó que iba a morir. Pero el SEÑOR le perdonó su incredulidad y le aseguró que no moriría. “Y edificó allí Gedeón altar al SEÑOR, y lo llamó Jehová-salom”, lo cual significa “El SEÑOR es Mi Paz” (Jueces 6:24).

No es posible conocer la paz de Dios sin antes haber sentido el temor del SEÑOR, sin antes haber sentido Su enemistad. El amor de Dios no será conocido por aquellos que no hayan sentido terror ante Su ira y juicio inminente. Primero debemos ver a Jehová como el Todopoderoso y Santo que ha sido ofendido por nuestra incredulidad y pecado, quien —a menos que muestre Su misericordia— será nuestro Juez y Verdugo. Y entonces podemos sentir Sus misericordias, conocer Su perdón y bondad por amor a Jesús, y conocerlo como nuestro refugio fuerte y nuestro defensor; eso es la salvación —Jehová, Mi Paz. Otro de los nombres de Dios.

## **El Nombre de Dios y Su Pueblo**

Es de enorme relevancia que el Nombre de Dios siempre se identifique con un pueblo y un lugar. En Deuteronomio 12:11-18, con respecto a la construcción del templo, Dios dice que pondrá Su nombre allí. En Ezequiel 48:35, se describe la reconstrucción del templo del SEÑOR en la Ciudad Santa: "... Y el nombre de la ciudad desde ese día será: el SEÑOR está allí" —Jehová-Sama. Una iglesia no podía esperar un nombre mejor que ese. No pudo haberse hecho una recomendación mayor para una reunión del pueblo de Dios que una reputación —un nombre— de que Dios está ahí en medio de ellos (1 Corintios 14:23-25).

Después del asesinato de Abel —un tipo de Cristo— Dios dio a Set —un tipo del Cristo resucitado— de quien vino Enós, un tipo del Espíritu Santo derramado. Y entonces, se nos dice: "comenzaron los hombres a invocar el nombre del Señor" (Génesis 4:25-26).

No carece de sentido que cuando una mujer se casa con un hombre tome el apellido de él. No es simplemente una cuestión de conveniencia, para que los dos puedan tener un mismo apellido, algo que dejar en herencia a los hijos. Ella se identifica con él, y es la gloria o la desgracia de él. No sólo eso, sino que él es su fuerza y su refugio; y todo lo que él es, ella es. No sólo se vale de todas las fuerzas y recursos de su marido, sino que su marido toma sobre sí todas sus culpas y su debilidad. Por lo tanto, es comprensible que él sea celoso por la apariencia, el comportamiento y la actitud de su esposa. La ama y desea lo mejor para ella. Todo lo que ella es, lo refleja a él. El apellido de ella es su apellido, y su apellido está en ella. Esto es lo que está en consideración en el tercer mandamiento.

El tercer mandamiento nos prohíbe tomar el nombre del SEÑOR en vano. Esto no tiene nada que ver con profanidad o maldición. Significa que no debemos identificarnos con ÉL y luego vivir como si ÉL no existiera. Si la señorita Brown se casara con un señor Jones, y se llamara a sí misma señora Jones, pero viviera en un lugar distinto al que él vive, no teniendo nada que ver con él, y viviera exactamente como siempre vivió, ella habría tomado el nombre de su esposo en vano. Tomar el nombre del SEÑOR es abandonar absolutamente tu vida anterior y perder tu identidad en ÉL.

En Joel 2:32, Hechos 2:21, y Romanos 10:13, se nos dice que “Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo”. ¿Qué es “invocar el nombre del Señor”? Es poner nuestra esperanza y expectativa en nada menos que en el prestigio de nuestro Gran Dios y Salvador para cualquiera que sea nuestra necesidad. ¿Necesitas comida? Jehová es mi comida. ¿Necesitas un lugar donde vivir? Jehová es mi casa. ¿Estoy enfermo? Jehová es mi salud y mi sanidad. ¿Estoy atado o en prisión? Jehová es mi libertador. ¿Estoy perdido, soy un pecador condenado rumbo al infierno? El nombre al cual llamar es Jesús, que significa la salvación de Jehová. Ese es el nombre que el cielo atribuyó al Hijo de Dios nacido de la virgen, quien salvaría a Su pueblo de sus pecados.

¿Tienes dudas de que Dios te salvará? Seis meses antes de que el Salvador naciera, nació Su precursor. También fue nombrado por un mensajero del cielo. ¿Qué nombre se le dio a este hombre que debía preparar el camino de la salvación de Dios? A su padre se le dijo: “Su nombre será Juan”. Juan significa: “Jehová es misericordioso”. La ley vino por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo. Eso no significa que no hubo gracia antes de Cristo y ninguna ley después que Él vino. Dios es inmutable. Todo lo que Él es, Él siempre ha sido y siempre será. Más bien, significa que el Nombre de Dios, Su reputación antes del nacimiento de Cristo, ponía de manifiesto Su santa ley, Su justicia absoluta y Su total intolerancia al pecado. Pero con la venida de Su Hijo, ahora sería conocido por la plenitud desbordante de Su gracia y verdad en la Persona de Su Hijo. Dios es misericordioso. Cualquiera que lo invoque será salvo. Ninguno será rechazado. No importa cuán pecador sea yo, no estoy más allá de la gracia de Dios. El Dios cristiano es el Salvador de los pecadores, conocido por sus inagotables misericordias en Cristo.

## **Nuestro Nombre**

Habiendo dedicado atención al nombre de Dios, ¿cuál es tu nombre? ¿Tienes un buen nombre o uno malo? ¿Por qué se te conoce? Cuando la gente piensa en ti o escucha tu nombre, ¿en qué piensa? ¿Piensa en la integridad, la piedad, la gracia, la generosidad, el amor, la alegría y la paz? ¿O piensa en el odio, la intolerancia, la hipocresía, la obscenidad, el orgullo, la avaricia, la mentira y el fraude?

Israel, el hombre de quien el pueblo más significativo de esta tierra recibió su nombre, tiene mucho que decirnos cuando consideramos nuestros propios nombres. Al afirmar la verdad de la elección incondicional, Pablo nos recuerda: “...también Rebeca, cuando concibió mellizos de uno, nuestro padre Isaac (porque cuando aún los mellizos no habían nacido, y no habían hecho nada, ni bueno ni malo, para que el propósito de Dios conforme a su elección permaneciera, no por las obras, sino por aquel que llama), se le dijo a ella: El mayor servirá al menor. Tal como está escrito: A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí” (Romanos 9:10-13). Si la elección estuviera basada en la información conocida anticipadamente por Dios (presciencia), Él habría amado a Esaú y

odiado a Jacob. Esaú era un hombre de campo honesto, diligente, y un cazador hábil. Por otro lado, Jacob era un hijito de su mamá, casero, retorcido como un sacacorchos y siempre tenía su ojo puesto en lo que tenía otro. No pudiendo impedir que Esaú naciera antes que él, planeó y se aprovechó de su hermano cuando entró cansado y hambriento a causa de una larga cacería, y lo estafó vendiéndole su derecho de primogenitura por un bol de lentejas. Luego, con la ayuda de su madre, engañó a su padre y robó también la bendición de su hermano. Después de esto tuvo que huir para ponerse a salvo, porque —como es de comprenderse— Esaú estaba decidido a matarlo. En el desierto, mientras dormía usando una piedra como almohada, el Señor se le apareció y le confirmó a él y a sus descendientes el pacto Abrahámico y la promesa de la tierra de Canaán. Allí hizo un pacto con el SEÑOR y llamó al lugar Betel, la Casa de Dios. Siguió su camino hasta llegar a la casa de Labán, el hermano de su madre, y ofreció sus servicios para alimentar al ganado. A lo largo de los años tomó como esposas a las dos hijas de Labán y lo despojó de la mayor parte de su ganado.

Jacob había hecho un voto a Dios en Betel: “Si Dios está conmigo y me guarda en este camino en que voy, y me da alimento para comer y ropa para vestir, y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces el Señor será mi Dios. Y esta piedra que he puesto por señal será casa de Dios; y de todo lo que me des, te daré el diezmo” (Génesis 28:20b-22). Después de veinte años Jacob notó que el semblante de su suegro hacia él había cambiado de favor, a desfavor. Sus cuñados, los hijos de Labán, se quejaban de que Jacob estaba robando la fortuna de su padre. Entonces el SEÑOR habló a Jacob y le dijo que volviera a la tierra de sus padres, prometiendo estar con él (Génesis 31:3).

Así que Jacob tomó a sus dos esposas, sus hijos, y todas las posesiones y ganados que había adquirido mientras servía a Labán, y emprendió su camino de regreso. Envío mensajeros a su hermano Esaú, a la región de Edom, diciendo: “He morado con Labán, y allí me he quedado hasta ahora. Tengo bueyes, asnos y rebaños, siervos y siervas; y envió a avisar a mi señor, para hallar gracia ante tus ojos” (Génesis 32:4b-5). Pero cuando los mensajeros regresaron, le informaron que Esaú venía a su encuentro con cuatrocientos hombres. Jacob estaba aterrizado por esta noticia, así que hizo lo mismo que siempre había hecho cuando se metía en aprietos, o quería algo que no tenía: Empezó a preparar con astucia un engaño para tratar de salvar lo que más pudiera. Primero dividió sus posesiones y personas en dos campamentos, pensando en que si Esaú destruía uno, le quedaría al menos uno. Entonces oró, clamando a Dios que lo librara de la mano de Esaú. Pero tampoco tenía fe en la promesa de Dios de estar con él, o en que había oído su oración; porque a primera hora de la mañana siguiente comenzó a enviar regalos con los que esperaba sobornar a Esaú para que lo perdonara. Después de enviar todas sus posesiones, con la desesperada expectativa de aplacar la ira de Esaú, durmió esa noche junto al arroyo de Jaboc. Pero no tuvo descanso, por lo que se levantó durante la noche e hizo pasar a sus esposas e hijos por el arroyo. Entonces se quedó solo.



Aquí estaba el hombre que Dios había escogido para suceder a Abraham y recibir la promesa hecha a Abraham. Pero seguía siendo infiel, confiando en su propio brazo de la carne, el complot, y la manipulación, con los que toda su vida había conseguido todo lo que quería. Así que el SEÑOR mismo luchó con Jacob durante toda la noche. Al rayar el alba, cuando se hizo evidente que Jacob no se iba a rendir, el SEÑOR se agachó y tocó su muslo, poniéndolo fuera de la articulación y dejándolo cojo. Entonces Él dijo: “Déjame ir”. Pero había ocurrido un cambio drástico en la lucha. En lugar de que el SEÑOR luchara con él, Jacob comenzó a luchar con el SEÑOR.

Jacob estaba en incredulidad todavía. No confiaba en el SEÑOR, sino en sí mismo. Ahora estaba en bancarrota, y solo. Si Esaú todavía estuviera decidido a matarlo, podía hacer lo que hacía antes: podía huir. Pero el SEÑOR lo había incapacitado y no podía correr. Su última esperanza carnal había desaparecido. Recibiría ayuda divina, o perecería. Había sido empujado a tener fe. “No te soltaré si no me bendices” (Génesis 32:26). El SEÑOR respondió con la pregunta: “¿Cuál es tu nombre?” ¿Por qué se te conoce? ¿Qué clase de persona eres tú? ¿Cuál es el verdadero tú? Si quieres que te bendiga, confiesa lo que eres. La respuesta fue: “Jacob”. ¿El significado de Jacob? ¡Suplantador! ¡Mentiroso! ¡Ladrón! ‘Confieso que esta es mi fama, es por lo que se me conoce y lo que soy’.

Hay cuatro personas en cada uno de nosotros: La primera es la persona que crees ser; la segunda es la persona que otras personas piensan que eres; la tercera es la persona que tú crees que la gente piensa que eres; pero la cuarta, la persona verdadera, es la persona que Dios sabe que eres. Ese es el verdadero tú, y no llegarás a ninguna parte con Dios hasta que estés de acuerdo con Dios acerca de ti mismo. Esto es la confesión de los pecados, el fruto del arrepentimiento, el gemelo infalible de la fe verdadera. Al instante, el SEÑOR dio a su hijo arrepentido y confiado un nombre nuevo. “Ya no será tu nombre Jacob, sino Israel [Príncipe de Dios]: porque has luchado con Dios y con los hombres, y has prevalecido” (Génesis 32:28).

¿Qué dice Pablo del nuevo hombre en Cristo? “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo [Jacob], mas vive Cristo en mí...” (Gálatas 2:20; RV60). Esta es la verdadera conversión. Es nada menos que la muerte y el fin de la vida del viejo hombre, y la resurrección de un hombre nuevo. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). “Y os vistáis del nuevo hombre, el cual, en la semejanza de Dios, ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24). De ahí en adelante, Israel caminaría cojeando y con una vara, pero caminaría con Dios. Jacob —el suplantador— ya no estaba, y en su lugar vivía un príncipe con Dios.

Pero esto no significaba que de ahí en adelante las cosas serían fáciles. Hubo chichones y contratiempos difíciles por delante. No sólo había consecuencias perdurables de la vieja vida, sino que estaba la cuestión de crecer en gracia. Esto con frecuencia es llamado santificación, pero la santificación (separación, santidad) ya se había logrado en el arroyo. Israel, creado a la imagen de Dios en justicia y verdadera santidad, era tan santo como nunca antes pudo serlo. Pero luego él aprendería a caminar en esa gracia infundida. Sus hijos habían aprendido muy bien los caminos engañosos de su padre. Ellos mintieron y rompieron un pacto que habían hecho engañosamente con algunas personas de la tierra, se abalanzaron sobre ellos cuando eran incapaces de defenderse, y los mataron. Jacob, al darse cuenta de que era una pequeña minoría entre un pueblo que entonces tendría un motivo justificado para odiarlo y destruirlo, huyó de nuevo a su única Esperanza, el Dios que se le presentó e hizo un pacto con él cuando huía de Esaú en angustia. Así que se levantó para volver a Betel. “ Y Jacob llegó a Luz, es decir, Betel, que está en la tierra de Canaán, él y todo el pueblo que estaba con él. Y edificó allí un altar, y llamó al lugar El-betel, porque allí Dios se le había manifestado cuando huía de su hermano” (Génesis 35: 6-7).

Una cosa es experimentar la misericordia y la gracia de Dios, conocer el amor de Dios, encontrar el lugar de Dios, la casa de Dios; pero, querido amigo, otra cosa es encontrar al Dios de la casa de Dios. Una cosa es estar emocionados y entusiasmados por la palabra de Dios, pero esto no es nada comparado con conocer y experimentar al Dios de la Palabra. Esta es la santificación que se experimenta y es maravillosamente hecha una realidad en la apropiación de Jesucristo, nuestro Emmanuel —¡Dios con nosotros! Y Dios le dijo allí: “Ya no será tu nombre Jacob”. En ese momento, Él confirmó que ya no sería llamado Jacob, sino Israel, un príncipe con Dios. Su nombre había cambiado. ¿Ha cambiado el tuyo?

*Por tanto, al Rey eterno, inmortal, invisible, único Dios, a Él sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén. **1 Timoteo 1:17***

# CAPÍTULO 1

## ELIMELEC

El Dios que es Rey

**Rut es un libro de sobremanera extraordinario** por varias razones. Proporciona un valioso vínculo histórico en el linaje humano del Señor Jesucristo. Es apreciado por muchos como una hermosa historia de amor. Sin embargo, es mucho, mucho más. Cada persona que aparece en el libro es cuidadosamente nombrada, con una excepción; y esa excepción es altamente significativa. Prácticamente todos los nombres, así como todos los acontecimientos, tienen un significado teológico innegable.

En la Biblia el libro está ubicado antes de Primera y Segunda de Samuel, introduciendo a Primera y Segunda de Reyes. La época que se le asigna es “en los días en que gobernaban los jueces”. Este período sumamente infame y caótico dentro de toda la historia hebrea está descrito con acierto en el último versículo del libro de Jueces, 21:25: “En esos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que le parecía bien ante sus ojos”. De acuerdo con el pensamiento particular de la mayoría de la gente, aquello sería un estado maravilloso en el cual vivir. A las personas no les gusta el gobierno. No les gusta que las autoridades ordenen sus vidas diciéndoles qué hacer y qué no hacer, especialmente cuando esas órdenes son contrarias a sus propias voluntades. Prefieren hacer lo que piensan que es correcto ante sus propios ojos. Dios nos ha dado un libro con un reporte de lo que sucede en una sociedad tan desgobernada. El resultado es sorprendente e invariable. Jueces 2:11 dice: “Entonces los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos del Señor...”. De nuevo, el versículo 3:7 dice: “Y los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos del SEÑOR”. El estribillo continúa a lo largo del libro en los versículos 3:12, 4:1, 6:1, 10:6 y 13:1. No hubo una sola vez en el período en que no había rey en Israel y cada uno hacía lo recto ante sus propios ojos, en que se dijera que lo que estaban haciendo era recto a los ojos de Dios. No; al contrario, se establece un principio aquí: que cuando los hombres están sin gobierno, cuando no hay Soberano en el trono de sus corazones y vidas, siempre hacen lo malo ante los ojos de Dios.

Pareciera que todo hombre necesita de un Rey que le diga lo que está bien y lo que está mal, lo que debe hacer y lo que no. Esto es totalmente contrario a nuestra naturaleza egoísta y rebelde. Nacemos en este mundo enojados porque hemos sido sacados del vientre agradable y cómodo en el que hemos estado deleitándonos. ¡Salimos con la cara roja, con los puños apretados, gritando a todo pulmón en protesta! Ese corazón rebelde no será sometido a sumisión hasta que el Señor de Gloria haya sido entronizado en nuestros corazones y haya un “Rey en Israel”.

Las primeras doctrinas claves que se exponen en el libro de Rut son la doctrina de Dios y la doctrina del hombre. Ambas están vinculadas en el nombre de este hombre: Elimelec. Este nombre se compone de dos palabras. El primero es “Elí”, que significa “mi Dios”. El segundo es “melec”, que significa “es rey”. Mi Dios es Rey.

La respuesta de Dios a la pregunta de Moisés acerca de qué debía decirle a los hijos de Israel en cuanto a quién lo había enviado era: “YO SOY”. Esta frase llega a nosotros como “Jehová” o “Yahvé”. Es un muy buen comienzo para entender la doctrina de Dios. Él es el Dios que ES. Por lo tanto, se distingue de todos los demás dioses que no lo son. “Es” es tiempo presente, pero nunca hubo un tiempo en el pasado ni habrá un tiempo en el futuro en el cual no se podrá decir de Dios: “ÉL ES”. Él es Aquel siempre presente, nunca ausente en el tiempo, sino situado fuera del tiempo. Él precede y sucede a toda otra existencia, y todo lo que existe proviene de Él. Él trasciende todas las cosas en el universo. Él es la Base, el Origen y la Fuente de toda verdad, toda moralidad, toda rectitud y toda justicia. Los absolutos encuentran su existencia en Su Persona.

Dios es Rey, el único Soberano absoluto de todos. La palabra “Soberano” encuentra su realidad únicamente en Él. Nosotros llamamos soberanos a los reyes terrenales, pero éstos no son absolutamente libres para hacer lo que quieran. Dios es absolutamente libre; no está sujeto a ningún consejo, ni es guiado por ningún poder fuera de Sí mismo. Él fue soberano en la creación. Nadie más estaba presente para aconsejar, ordenar, o influir en Él. Todo existe como es, únicamente porque Él lo hizo así. Él es soberano en los gobiernos humanos y en todos los poderes celestiales (Daniel 4:25, 35). Él es soberano en la salvación (2 Tesalonicenses 2:13). Toda persona que ha sido salvada a lo largo de la historia, es salva porque Dios libremente escogió salvarla. Él es soberano en todas las eventualidades y circunstancias (Efesios 1:11). Él es gobernante soberano de todas las criaturas, racionales e irracionales; todos ellos hacen Su voluntad, independientemente de su conocimiento o ignorancia de Él. También sostiene todo el universo material —cada partícula de cada elemento, además de toda la expansión infinita— en la palma de Su mano (Hebreos 1:3).

La soberanía de Dios no es una materia académica objetiva que podamos contemplar, y a la vez evitar involucrarnos personalmente. El Dios que es Rey es nuestro Dios y nuestro Rey. Si hemos de vivir en paz en Su universo, entonces debemos vivir bajo Su dominio absoluto. Esta es una de las razones del por qué la Biblia habla tanto sobre el “reino de Dios” y el “reino de los cielos”. El cristianismo no es una república o una democracia, sino un reino con un Rey a su cabeza. Nosotros que vivimos en los EE. UU., como también los de la mayoría de las naciones industrializadas de hoy, no tenemos idea de lo que es vivir bajo un gobierno totalitario en el que una persona —un rey, un emperador, o un dictador— esté en autoridad absoluta; y eso es muy bueno, porque tales gobernantes terrenales son prácticamente siempre hombres malos y opresores.

Pero eso no ocurre con nuestro Rey y el reino de Dios. No obstante, la evangelización moderna ha sido vaciada de su poder santificador, por la remoción del señorío de Cristo y de la realidad del reino de Dios del Evangelio. La gente “acepta” a un Salvador, pero rechaza a un Rey; y se queda sin ser regenerada.

Permítanme señalar el contraste entre una democracia y un reino; eso nos ayudará a entender la naturaleza radical de la conversión cristiana. En una democracia como la de Estados Unidos hay tres ramas de gobierno: el poder legislativo, el cual dicta las leyes; el poder judicial, el cual interpreta las leyes, y el poder ejecutivo, el cual hace cumplir las leyes. Reconociendo las imperfecciones en los hombres, se supone que estas ramas deberían controlarse y contrapesarse entre sí. Por ejemplo, una ley mala puede ser corregida por el poder judicial, o un juez malo puede ser puesto bajo control por el poder ejecutivo. La mayoría de estos individuos son elegidos por el pueblo, por lo que se supone que, en última instancia, esto da lugar a un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. También tiene un notable parecido con el estado ruinoso de las cosas en el libro de Jueces, un tiempo en el que no había rey en Israel y todos hacían lo que era correcto ante sus propios ojos. Ya hemos señalado que cuando los hombres hacen eso, lo que hacen es malo a los ojos del SEÑOR. El gobierno de Dios no es así en lo más mínimo. Se describe en Isaías 33:22: “Porque el Señor es nuestro juez, el Señor es nuestro legislador, el Señor es nuestro rey; Él nos salvará.” Nuestra salvación no está en nuestras propias manos; Está en las manos del SEÑOR. Nuestro Dios es Rey.

Norteamérica, por otro lado, es el lugar donde el “sueño americano” puede hacerse realidad. Cada hombre puede hacer lo que es correcto ante sus propios ojos, siempre que se mantenga dentro de los amplios límites de una constitución y un sistema legal que garantizan el derecho de cada persona a “la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. La Declaración de Derechos mantiene al gobierno a raya, pero cada uno vela por sí mismo. Cada persona es responsable de cuán bien lo haga y de lo exitoso que sea. Los más inteligentes, más fuertes, más rápidos y más astutos pueden sobrepasar a todos los demás para llegar a la cima. El que llega allí puede tomar todo el crédito por su éxito. Él no sólo recibe todos los bienes, sino que obtiene la gloria de adquirirlos también. Se piensa que la autoestima es la clave para vivir la vida en su plenitud. La confianza en la carne es el grito de guerra de la democracia. Cualquier cosa es posible si sabes lo que quieres, decides que lo vas a conseguir, y lo persigues.

Las metas son necesidades absolutas para mantener las energías enfocadas. La vida entera está impulsada por un decidido “yo quiero”. Pero en el Reino de Dios, esas dos palabras están en la raíz de todo lo malo y contrario al nombre de Dios. De hecho, “yo quiero” es la esencia del pecado. Es la expresión de la determinación declarada por Lucifer, que de esa manera se convirtió en el diablo y el enemigo de nuestras almas. “Pero tú dijiste en tu corazón: Subiré al cielo, por encima de las estrellas de Dios levantaré mi trono, y me sentaré en el monte

de la asamblea, en el extremo norte. Subiré sobre las alturas de las nubes, me haré semejante al Altísimo.” (Isaías 14:13-14).

El Reino de Dios no es así. “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (Filipenses 3:3). Nuestra voluntad se ha perdido en la voluntad de Dios, y todo lo que hacemos se limita a “si el Señor quiere”. En un reino, sólo una persona es responsable de lograr alguna cosa. Esa persona es el rey. Las responsabilidades de los súbditos se reducen a un solo mandamiento: “Obedezcan al rey”. El rey pelea todas las batallas, recibe toda la gloria de lo que se ganó, y se hace responsable de lo que se perdió. La Biblia describe las guerras del rey David con los filisteos de esta manera. Se dice que sale a tal hora, se enfrenta al enemigo, mata a tantos miles y ocupa su territorio. No era David, sino los hombres de David quienes en realidad daban todas las peleas, hacían las matanzas y conquistas. Sin embargo, lo hacían todo en obediencia a su rey, así que fue el rey quien lo lograba y recibía la gloria por ello. Si se hubiera perdido la batalla, su ejército hubiera sido diezmado y perdido su territorio, habría sido el rey quien asumiera toda la responsabilidad de ello.

Lo mismo es cierto con la construcción del templo de Salomón. La Biblia proporciona detalles específicos de cómo y qué hizo Salomón en la construcción del templo y todo su mobiliario. Nadie cree ni por un segundo que el rey tomó las herramientas en sus propias manos y construyó el templo. Las Escrituras, sin embargo, declaran claramente que Salomón hizo un mar de bronce; hizo capiteles; hizo tazones y cucharas de oro; y colocó las piedras en su lugar. Sabemos muy bien que fueron los súbditos del rey quienes hicieron estas cosas. Pero hicieron todo este trabajo bajo las órdenes del rey y en obediencia a sus instrucciones.

Supongamos que soy un cortador de piedra, y el rey me ocupa para trabajar en el templo. Sé cortar piedras y he dedicado mucho tiempo a ello. Soy experto y conozco cada una de las mejores técnicas. También he estudiado arquitectura y sé cómo deben encajarse las piedras. El rey me da un plan de acción y dice: “Corta esta piedra según estas dimensiones”. Le pregunto: “¿Dónde va a poner esa piedra?” Él responde: “No es asunto tuyo donde voy a ponerla; simplemente córtala exactamente de acuerdo a este dibujo”. Miro a mi alrededor y me pregunto: “¿Dónde va a encajar esto?” Miro a otro compañero y digo: “Déjame ver tu plan, ¿qué estás cortando?” Estoy tratando de averiguar dónde se supone que va a encajar esta cosa. Miro lo que él está haciendo y digo: “No creo que tu trabajo vaya a encajar con el mío”. Después de averiguar todo lo que puedo acerca de lo que están haciendo todos los demás, llego a la conclusión de que algo está mal con lo que se me ha dicho que haga. Sé que el rey es sabio; pero él es un rey, no un cortador de piedra, después de todo. Así que llego a la conclusión de que para hacer un buen trabajo y hacerlo de manera adecuada, tendré que desobedecer al rey y cambiar la forma de mi piedra, de acuerdo a mi conocimiento superior. ¿Cuáles serán las consecuencias? En primer lugar, la

piedra no va a encajar. En segundo lugar, me van a cortar la cabeza. ¿Cuál sería la alternativa? ¡Obedecer al rey! Si la piedra no encaja y yo he trabajado según su palabra y su voluntad, será el rey el que va a tener la culpa. Yo no tengo que hacer que todo encaje adecuadamente. Ese no es mi deber. Mi única responsabilidad es obedecer al rey. Este rey nunca se ha equivocado. Como ciudadano de su reino, no puedo fallar si estoy viviendo en obediencia a él. No tengo que temer a la humillación. Como súbdito obediente, tampoco puedo ser exitoso. No tengo que preocuparme de pavonearme y fanfarronear por lo que he logrado. Sólo tengo dos opciones: obedecer, o desobedecer al rey. Si lo que hago sale bien, el rey se lleva toda la gloria; si resulta mal, el único avergonzado es el rey.

Sabemos que Jesús nunca ha sido avergonzado por nada. Todo lo que Él ha hecho alguna vez ha resultado absolutamente correcto. Sus discípulos no siempre pensaron que lo que estaba haciendo tenía mucho sentido, pero cuando todo estaba terminado y resuelto, Su sabiduría y poder prevalecían. Sin embargo, nosotros, que estamos acostumbrados a vivir en una democracia, queremos tener nuestra propia opinión. Sentimos que nuestras opiniones, nuestros objetivos y deseos deben ser tenidos en cuenta. Esta mentalidad es la que llevó a la rebelión en el Huerto, y es la esencia del pecado. La “manzana” que el diablo ofreció fue el conocimiento de lo bueno y lo malo independiente de Dios. El hombre insensatamente pensó que sería mejor ser su propio dios en lugar de depender del SEÑOR. Esta actitud es precisamente el problema que tenemos al entrar al reino de Dios.

Consideremos una ilustración. Supongamos que soy nativo de Arizona y he vivido aquí toda mi vida. Arizona es una democracia. Todo el mundo vota sobre todas las leyes y funcionarios electos. La mayoría gobierna. Todos deciden lo que van a hacer, cómo hacerlo y se ganan la vida por sí mismos. A algunos — que estudian, se sacrifican y trabajan duro— les va muy bien. A otros, que no son tan inteligentes o capaces, les va mal. Cada persona decide dónde quiere vivir y dónde compra o construye su propia casa, de acuerdo a lo que le gusta. Tenemos leyes y policías, jueces, abogados y tribunales. Ellos nunca complacen a todos. Algunos no complacen a nadie. Pero esto es lo mejor que podemos hacer.

Cierto día escuchamos que allá por California tienen un dictador, un rey. Nos sentimos bastante tristes por esas personas, porque no tienen los derechos y las libertades que tenemos en nuestra democracia. Pero seguimos escuchando rumores de que a estos californianos realmente les gusta su sistema de gobierno. Algunos de ellos vienen aquí y hablan de lo maravillosas que son las cosas en California. Nos dicen que no hay peleas, disputas, robos o asesinatos. La gente camina segura por las calles, las puertas se dejan sin llave y nada es robado o dañado. Los matrimonios son más estables. Los niños crecen corteses, obedientes y diligentes, y se convierten en adultos responsables. No hay



difamación o críticas ofensivas en las elecciones. No hay transiciones hostiles en el gobierno, porque la misma persona está a cargo todo el tiempo.

Al mismo tiempo, las cosas no van muy bien para mí en la República de Arizona. No importa a quién elijamos, resulta ser no confiable, alguien que traiciona sus promesas. Cada persona nueva en ejercicio del poder lo hace peor que quienes le precedieron. Se aprueban constantemente leyes que se supone que tienen como fin arreglar las cosas, pero que son mal interpretadas y aplicadas. Los abogados y los jueces siempre encuentran la manera de alterarlas. La economía es decepcionante. Independientemente de lo que yo gane, no es suficiente. Siempre tengo que guardar mis espaldas, porque alguien va a sacar provecho de mí. La vida es miserable y escabrosa. Empiezo a pensar en California, en irme de aquí y mudarme allí. Pero este asunto de tener un rey me asusta. ¿Perder todos mis derechos? ¿Tener que obedecer todo lo que dice el rey? Supongamos que no me gusta aquello. Habré tomado una mala decisión. Voy a tener que admitir que estaba equivocado y regresar a Arizona humillado y en bancarrota. Tendré que empezar todo de nuevo. Así que decido seguir aguantando y quedarme aquí en Arizona. Pero las cosas se ponen cada vez peor, y después de un tiempo ya estoy harto. No puedo vivir más aquí peleando una batalla perdida, cuando está la promesa de que todas mis necesidades serán satisfechas por simplemente confiar en este rey que hay en California.

Pongo en orden todos mis asuntos en Arizona, liquido todos mis bienes, empaco todas mis pertenencias y me dirijo a la frontera del estado. Me detengo en la Aduana y me saluda el guardia fronterizo, quien me pregunta adónde voy y cuál es la razón de mi viaje. Respondo que he sido residente de Arizona toda mi vida, pero que ahora deseo transferir mi ciudadanía a California. Él inspecciona el camión de mudanzas y encuentra a mis perros guardianes, además de las armas y cuchillos que siempre tengo cerca para protegerme. “No puede traer estas cosas a California”, dice. “Tiene que dejarlas aquí”. “Pero tengo que tenerlos para defenderme”, digo yo. “El Rey se ocupará de eso”, responde el guardia. “Él personalmente protege y defiende a todos sus súbditos. ¿Qué papeles son esos que tiene?” “Oh, estas son mis pólizas de seguro. Las necesito para que me resguarden: mis pertenencias, mi salud y todo lo que tengo, contra cualquier tipo de pérdida o pleitos”. “El rey asegura completamente a todo Su pueblo y resuelve todos los pleitos. Él los libera de toda preocupación y ansiedad que pueda surgir por temor a la pérdida. Y en lo que respecta a su riqueza personal, como condición para ser recibido en California debe entregar todo eso al rey”. “Pero necesitaré un lugar para vivir, ropa, comida”, protesto yo. “Oh, el rey provee todo eso para todos sus ciudadanos”, responde él. “Pero tal vez no me guste la comida que Él me dé, la casa que me proporcione, o el barrio en el que se encuentre”. “Nunca hemos tenido un ciudadano insatisfecho”, responde. “Mire a su alrededor”. Miro a mi alrededor y, en efecto, todo el mundo tiene grandes sonrisas, caras felices y contentas, y cuerpos bien alimentados.

Este tipo de cosas puede y suele durar horas, días, o incluso años. Estas aprensiones pueden continuar —y a menudo continúan— por horas, días, y a veces años. Muchos, incapaces de confiar en el Rey eterno, cambian de opinión y retroceden; nunca entran. “Porque estrecha es la puerta y angosta la senda que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:14). Pero todos los que entran al reino de los cielos entran bajo estos requisitos. Esta es la verdadera doctrina, la manera en que Dios quería que el hombre viviera: en completa, reposada, dulce y sumisa dependencia del Señor, el Rey. “Pues los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24).

Elimelec es la doctrina de Dios. Mi Dios es Rey. Es la más gloriosa buena noticia para el peregrino cansado que lucha por sobrevivir en este mundo maldito por el pecado. Remueve todo el sudor de la maldición. No tengo que luchar para lograr nada. El Rey es el único que puede hacer lo que sea necesario. No tengo que preocuparme por el fracaso, o si el Rey está satisfecho con mis obras. Él está complacido con mi fe y confianza en Él. No tengo que sobresalir, o tener algo de qué jactarme. Toda la gloria le pertenece a Él. De hecho, esta es una bendita entrada a Su reposo.

*Aconteció que en los días en que gobernaban los jueces, hubo hambre en el país. Y un hombre de Belén de Judá fue a residir en los campos de Moab con su mujer y sus dos hijos. Aquel hombre se llamaba Elimelec, y su mujer se llamaba Noemí. Los nombres de sus dos hijos eran Mahlón y Quelión, efrateos de Belén de Judá. Y llegaron a los campos de Moab y allí se quedaron. **Rut 1:1-2***

## CAPÍTULO 2

### ELIMELEC

Hecho a la imagen de Dios

**Los anteriormente mencionados son** atributos peculiares que pertenecen únicamente al Dios de la Biblia. Él es Rey, Soberano absoluto, libre para hacer todo lo que le agrada. 1 Timoteo 6:15 declara que Él es “el bienaventurado y único Soberano, el Rey de reyes y Señor de señores...” Eterno e inmortal, posicionado fuera del tiempo y del espacio; Él es el único poseedor de la vida y el único que la dispensa. No tiene predecesores y no tendrá sucesores. Existimos y vivimos sólo por Su decreto.

Únicamente Dios es sabio. La mentira del diablo en el Huerto prometió conocimiento por desobediencia, y vida por rebelión; pero la rebelión del hombre contra el Rey sólo le trajo tinieblas, muerte y distanciamiento de Dios, la fuente de toda sabiduría y conocimiento.

Hay otro atributo en esta doxología al Rey que merece especial atención: Dios es invisible. No tiene forma visible. Esto no es privación, o defecto. Dios puede muy bien tomar cualquier forma que Él elija, pero tiene muy buenas razones para permanecer sin ser visto. En Deuteronomio 4:15-19 le recordó a Israel que cuando les habló en Horeb, ellos no vieron ninguna similitud de nada. Entonces les advirtió del peligro de alzar sus ojos para contemplar el sol, la luna, las estrellas, e incluso todo el ejército de los cielos, y ser impulsados a adorarlos. Su invisibilidad es una salvaguarda contra la inclinación innata del hombre a la idolatría, a adorar formas, figuras y apariencias. La lujuria del ojo, la ilusión provocada por imágenes agradables e impresionantes, es una estrategia usada por los demonios —además de por los hombres— para conducir a los hombres a pensamientos y acciones erróneas. Los comerciantes empaquetan sus mercancías con formas, colores y adornos, para dar la ilusión de que adentro hay algo mejor que el contenido real. Consideremos cuánto mejor juzgaríamos a un candidato a cargos públicos si nunca viéramos su apariencia atractiva, o no escucháramos sus discursos seductores; si no tuviéramos más que un relato fiable de su reputación, obras y acciones.

Pero la criatura tiene anhelo por ver a su Hacedor, por poner los ojos en su Dios. Esa no es una pequeña parte en el hecho de que un pagano fabrique imágenes y las adore. Esta es la petición de Felipe a Jesús: “Muéstranos al Padre” (Juan 14:8). Es muy significativo que Jesús no le dijera a Felipe que mirara a Pedro, Juan, Andrés, o a cualquier otro discípulo, ni le dijo que se mirara en un espejo. La razón clara de esto es que, aunque el hombre fue creado a la imagen de Dios, ya no lleva esa imagen. Adán fue creado a imagen de Dios; pero su hijo Set nació a imagen de Adán, no de Dios, porque esa semejanza divina se había perdido en la Caída. La siguiente vez que la imagen de Dios sería vista en la tierra estaría en la Persona de Su Hijo, Jesucristo. La respuesta de Jesús a la petición de Felipe fue: “El que me ha visto a mí, ha visto

al Padre”. Hebreos 1:3 dice que Jesús es “la imagen misma de Su sustancia” (RV60).

Ahora bien, en cierto modo esto presenta un rompecabezas. ¿Acaso no se dice que Dios es invisible? ¿Cómo se puede llevar la imagen de Aquel que no tiene imagen visible? Si conociéramos la apariencia física de Jesús, sabríamos qué aspecto tenía Dios. Cuando pensamos en eso, es algo muy bueno que nadie sepa cómo era Jesús. Aunque tenemos cuadros, bustos e imágenes de hombres anteriores a la encarnación de Jesús, de Él no hay la más mínima descripción física disponible. Si la hubiera, podrías estar seguro de que los hombres estarían idolatrando esa imagen. De hecho, igualmente lo hacen. Aquellas supuestas imágenes de Jesús vendidas por comerciantes religiosos no son meras decoraciones en las paredes. Complacen la inclinación idólatra del hombre caído.

Pero la imagen de Dios a la que Adán fue creado no era, en absoluto, una imagen física. Era una imagen espiritual. Ciertamente, hay una imagen espiritual además de una física. Tres órdenes de vida creada ocupan este planeta: las plantas, los animales y el hombre. Los tres tienen cuerpos. Los tres tienen vida en sus cuerpos; así que respiran, se alimentan, crecen, se reproducen y mueren. Sin embargo, los animales tienen una facultad adicional llamada el alma; traducida del hebreo *nephesh*. Se utiliza tanto para los animales como para los hombres. El alma no es una facultad espiritual, sino animal. Está compuesta por la mente de una criatura: su facultad de pensar y razonar, sus afectos o emociones, y su voluntad o volición. Todo esto puede ser fácilmente ilustrado en el comportamiento de los animales: gatos, perros, monos, mulas, o cualquier criatura inteligente y conocida que te puedas imaginar. Sin embargo, ninguno de estos tiene conciencia, percatación, o deseo de buscar a Dios. Ellos no tienen absolutamente ningún interés en las reuniones de la iglesia, la palabra de Dios, o la adoración. Eso requiere una tercera facultad: el espíritu.

Únicamente el hombre tiene espíritu. Él es una trinidad: cuerpo, alma y espíritu (1 Tesalonicenses 5:23). Hebreos 4:12 hace una distinción inconfundible entre el alma y el espíritu. El espíritu es esa facultad del hombre que no sólo lo separa de las bestias brutas, sino que hace posible que lleve la imagen de Dios. Cuando Dios dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” no pudo haber estado hablando de una imagen física visible. El Dios invisible no tiene tal imagen física. Sólo pudo haber sido una imagen espiritual. El hombre fue hecho “semejante” a Dios en un sentido espiritual. Con mucha frecuencia decimos que una persona se parece a otra cuando no hay ninguna semejanza física. Mi hija a menudo dice: “Yo soy como mi papá”. Puedo asegurarte que ella no luce como yo, y que no tiene la intención de dar tal impresión. Ella más bien quiere decir: “Pienso como mi papá, me gusta el tipo de cosas que le gustan a mi papá, no me gustan las que le disgustan y me comporto muy parecido a como él se comporta”.

Eso es precisamente lo que Dios hizo cuando hizo al hombre a Su imagen. Creó al hombre con una facultad única para albergar la vida de Dios. Esta facultad es el espíritu humano, el cual es compatible con Dios, porque Él es Espíritu. Entonces Él sopló Su Espíritu en ese espíritu humano. Esto se convirtió en el centro dinámico del Adán no caído aún. Su espíritu era fortalecido por Dios; el Espíritu Santo era “Rey” en el trono de su alma. Su alma (compuesta de mente, emoción y voluntad) sería mandada por el Espíritu de Dios en el hombre interior. Tendría pensamientos piadosos. Amaría lo que Dios amaba y odiaría lo que Dios odiaba. Y desearía y escogería lo que Dios escogía. Por lo tanto, en sus acciones, obras y comportamiento, en su cuerpo —su forma visible— vivía y se comportaba de una manera piadosa. Él era como Dios y llevaba la imagen de Dios. Hay, por decirlo así, un “Rey en Israel” y lo que hace Israel es justo ante los ojos de Dios, el Rey. La doctrina de Dios es Elimelec: “Mi Dios es Rey”. La doctrina del hombre —el verdadero hombre como Dios lo creó— es también Elimelec: “Mi Dios es Rey”. Y lo que este verdadero hombre hace es justo ante los ojos de Dios. En otras palabras, se necesita de Dios para ser un hombre.

*Aquel hombre se llamaba Elimelec, y su mujer se llamaba Noemí. Los nombres de sus dos hijos eran Mahlón y Quelión, efrateos de Belén de Judá. Y llegaron a los campos de Moab y allí se quedaron. 3 Y murió Elimelec, marido de Noemí, y quedó ella con sus dos hijos. Rut 1:2-3*

## CAPÍTULO 3

### NOEMÍ

De agradable a amarga

**La tercera gran** doctrina de la Biblia es la Doctrina de la Caída y su consecuencia, la depravación humana. El Dios que es, es el Dios de la Biblia. El Dios de la Biblia es el Rey, el soberano absoluto de todos.

El hombre que Dios hizo fue hecho a Su propia imagen. La imagen del Dios invisible no era su apariencia física, sino el hombre interior —el espíritu humano— el cual es la morada de Dios, quien es Espíritu. El Espíritu Santo llenó y dominó el espíritu humano para que el alma del hombre —su mente, sus emociones y su voluntad— fuera mandada por la mente, los afectos y la voluntad de Dios. A su vez, esto aseguraba que el hombre concebiría los pensamientos de Dios, amaría lo que Dios ama y odiaría lo que Dios odia. Él se desempeñaría y viviría piadosamente en su cuerpo físico. Este hombre sería la imagen misma y la semejanza de Dios. Sería un hombre piadoso.

A Adán —el hombre a quien Dios hizo a Su imagen— se le prohibió comer el fruto del árbol que estaba en medio del huerto. Se le dijo que el día que comiera de ese árbol, moriría. Pero Adán creyó la mentira del diablo, en vez de la verdad de Dios. Se rebeló contra el Rey, y murió ese mismo día. Evidentemente, Adán no murió física, sino espiritualmente ese día. Vivió hasta los 930 años antes de morir, pero la mayoría de esos años estuvo muerto espiritualmente. Esta fue la muerte que le aconteció a Adán el día que murió y que es la base de la doctrina bíblica de la depravación humana.

Cuando Adán pecó, la fuerza motora de su vida espiritual piadosa —el Espíritu Santo— dejó su espíritu humano, que es el centro de poder del hombre interior. El espíritu humano por sí mismo no tiene poder para ejercer dominio sobre el hombre exterior, la carne. En palabras de nuestro Señor: “El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”. Pablo demuestra esta lucha inútil en Romanos 7. Una persona puede desear estar libre de pecado, de la tiranía del mal, pero es totalmente incapaz de hacerlo debido al “pecado que habita en sus miembros” —el cuerpo físico— que simplemente quiere satisfacer la concupiscencia de la carne, la lujuria de los ojos y la arrogancia de la vida.

El hombre retratado en Romanos 7:14-23 no es el hombre que Dios hizo a Su imagen. Este pasaje enigmático no es, como muchos sostienen, un hombre en un alto estado de gracia. Ningún hombre en un alto estado de gracia se ve a sí mismo como “carnal, vendido al pecado”, porque justo el capítulo siguiente nos dice que ser de mentalidad carnal es enemistad hacia Dios y es muerte. Este pasaje tampoco refleja a un pecador muerto, no despertado. Los pecadores no se deleitan en la ley de Dios según el hombre interior. Más bien, se deleitan en cumplir los deseos de la carne que conciernen al hombre exterior. Este es un hombre que, sin duda, ha caído bajo el dominio de su carne y es más como la



imagen de una bestia que de un Dios Santo (Judas 16-19). Pero el pecador ya ha sido despertado; ha sido regenerado por el Espíritu soberano del Dios viviente, para que no pueda soportar el seguir viviendo según la lujuria de la carne. De hecho, él declara que, puesto que ya no desea hacer el mal que está haciendo, no es él (el verdadero hombre interior) quien lo está haciendo, sino el pecado que mora en su cuerpo carnal. Pablo tampoco nos deja con la impresión de que debemos dejarnos vencer por este bravucón que es la carne. Él responde a la pregunta: “¿Quién me libraré del cuerpo carnal de pecado?” con “Doy gracias a Dios por Jesucristo Señor nuestro” (Romanos 7:25).

El nombre de Noemí significa “agradable”, eso que es atractivo y deseable para la carne. El hombre que Dios hizo a Su propia imagen miró el fruto prohibido, vio que era tentador y que era agradable y deseable para la carne, y entonces lo tomó y comió. Cuando hizo esto, el Espíritu de Dios dejó su espíritu humano, dejando su alma carente de la vida de Dios. La luz de vida se apagó, y su alma cayó en una profunda oscuridad. La doctrina del hombre es “Mi Dios es Rey”; pero cuando Dios ya no es Rey, el hombre ya no es verdaderamente hombre. Es simplemente una especie avanzada de animal con un cerebro más grande, lo que le permite ser peor que las bestias brutas. Esa es la doctrina bíblica de la Caída y la verdadera depravación bíblica.

Para ya no ser esclavos del pecado, para ser hombres en vez de bestias brutas gobernadas por la lujuria carnal, necesitaremos más que el poder de la voluntad y la determinación carnal. Tenemos que tener nada menos que a Dios mismo, por el Espíritu Santo, viviendo y reinando en nuestros espíritus humanos. Se requiere de Dios para ser hombre.

## **Las consecuencias de la Caída**

*“Aconteció que en los días en que gobernaban los jueces, hubo hambre en el país. Y un hombre de Belén de Judá fue a residir en los campos de Moab con su mujer y sus dos hijos. Aquel hombre se llamaba Elimelec, y su mujer se llamaba Noemí. Los nombres de sus dos hijos eran Mahlón y Quelión, efrateos de Belén de Judá. Y llegaron a los campos de Moab y allí se quedaron. Y murió Elimelec, marido de Noemí, y quedó ella con sus dos hijos... Murieron también los dos, Mahlón y Quelión...” (Ruth 1:1-3, 5)*

Hasta ahora hemos visto —en el nombre de Elimelec— la doctrina de Dios y la doctrina del hombre; y en el nombre de su esposa Noemí, la doctrina de la Caída. Ahora veremos, en el nombre de sus dos hijos —Mahlón y Quelión— la doctrina de las consecuencias de la Caída.

El nombre de Noemí significa “agradable”. Cuando el hombre vio que el fruto del árbol prohibido era agradable, desobedeció a Dios; tomó del fruto y murió, tal como Dios dijo que ocurriría. Ahora vemos que sus hijos también mueren. Mahlón significa enfermizo, lo que resulta en muerte física. Quelión significa

decaimiento, un trastorno psicológico que implica la muerte emocional e intelectual. La razón de esto es comunicada en Romanos 5:12: “Por tanto, tal como el pecado entró en el mundo por un hombre, y la muerte por el pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque [en él] todos pecaron”.

El Apóstol Pablo, en sus argumentos para la justificación para vida mediante la imputación de la obediencia de Cristo a Su pueblo escogido, hace uso de las consecuencias de la desobediencia de Adán dejadas en herencia a su posteridad, como un paralelo a la obediencia de Cristo que es imputada a los que están en unión vital con Él. “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno los muchos serán constituidos justos” (Romanos 5:19). Un punto de vista reformado de este pasaje sitúa a Adán como la cabeza federal y el representante de todos los no electos, al mismo nivel que Cristo como la cabeza federal y el representante de todos los escogidos. Esta doctrina no apareció sino hasta el siglo XVI; pero ha dominado la teología reformada desde entonces, ya sea en la forma de imputación mediata o inmediata del pecado de Adán a su posteridad. No es mi propósito –ni está dentro del limitado espacio de este artículo– discutir estas teorías. Sin embargo, haré algunas observaciones que hacen que tales doctrinas de la imputación del pecado de Adán sean menos que inquebrantables. En primer lugar, su apelación a la imputación de la justicia de Cristo no es absoluta; y, por lo tanto, es un paralelo inadecuado, porque tal imputación a los elegidos nunca es sin fe voluntaria, consciente, como condición de la unión con Él. La presunta imputación inmediata del pecado de Adán a su posteridad no contiene tales criterios. Y aunque todos ellos ciertamente pecarán, la presunta imputación del pecado de Adán precede a tales pecados y debe incluir a los infantes. Según esta teoría, todos los que mueren en la infancia deben ir al infierno. El bautismo infantil no resuelve este problema. En segundo lugar, no hay ningún precedente bíblico para imputar los pecados de los padres a los niños. Al contrario, el Nuevo Pacto explícitamente niega tal cosa. (Jeremías 31:29-30).

En tercer lugar, las acciones de un padre son contadas como acciones de sus descendientes en virtud de la unión orgánica, no de la representación federal; de modo que el diezmo de Abraham a Melquisedec fue contado como de Levi, dado que Levi estaba en unión orgánica con Abraham, así como todos nosotros estábamos en unión orgánica con Adán. Por lo tanto, el diezmo de Levi a Melquisedec fue literal y no imputado. Sobre esta misma base, la posteridad de Adán es culpable de su pecado porque literalmente pecaron cuando él pecó. El pecado de Adán fue nuestro pecado porque estábamos orgánicamente en él, no porque él fuera nuestro representante. El resultado de los dos puntos de vista es el mismo; pero la diferencia está en que una visión es bíblica, y la otra no. Esa no es una consideración pequeña.

La pérdida humana por la Caída está retratada en la enfermedad y la muerte; pero las consecuencias de la Caída y la maldición resultante de la Caída envuelven a toda la tierra, la cual fue maldecida “a causa del hombre”. Pablo nos dice en Romanos 8:22 que “la creación entera a una gime y sufre dolores de parto...” Ella, junto con todos nosotros, está en espera de esa bendita promesa de la manifestación de los hijos de Dios, cuando la creación entera será liberada de la esclavitud de la corrupción a la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Romanos 8:21).

## **La gracia anticipatoria de Dios**

*“Aconteció que en los días en que gobernaban los jueces, hubo hambre en el país. Y un hombre de Belén de Judá fue a residir en los campos de Moab con su mujer y sus dos hijos. Aquel hombre se llamaba Elimelec, y su mujer se llamaba Noemí. Los nombres de sus dos hijos eran Mahlón y Quelión, efrateos de Belén de Judá. Y llegaron a los campos de Moab y allí se quedaron. Y murió Elimelec, marido de Noemí, y quedó ella con sus dos hijos. Y ellos se casaron con mujeres moabitas; el nombre de una era Orfa y el nombre de la otra Rut. Y habitaron allí unos diez años. Murieron también los dos, Mahlón y Quelión, y la mujer quedó privada de sus dos hijos y de su marido. Entonces se levantó con sus nueras para regresar de la tierra de Moab, porque ella había oído en la tierra de Moab que el Señor había visitado a su pueblo dándole alimento” (Rut 1:1-6).*

*“Y sucedió que cuando llegaron a Belén, toda la ciudad se conmovió a causa de ellas, y las mujeres decían: ¿No es ésta Noemí? Y ella les dijo: No me llaméis Noemí, llamadme Mara, porque el trato del Todopoderoso me ha llenado de amargura. Llena me fui, pero vacía me ha hecho volver el Señor...” (Rut 1:19b-21)*

En el esquema de la redención, Dios siempre se anticipa; Él actuó con creatividad y de antemano, anticipando la necesidad redentora antes de que el pecado estuviera siquiera en el horizonte del tiempo. El hombre, por otro lado, en el esquema del pecado y la Caída, siempre actúa primero con incredulidad y desobediencia. Al anticiparse al fracaso del hombre, Dios no lo evitó, aunque Él podía haberlo evitado, y estaba dentro de Su prerrogativa hacerlo así. Pero Él escogió hacer del hombre un agente libre, no un títere —lo que invalidaría la realidad de su existencia y su significado. Cuando el hombre apareció en la escena de la creación, los dos primeros actos registrados —no sólo de Dios sino también del hombre— establecieron el modelo. Y dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen ... y ejerza dominio ...” (Génesis 1:26). “Y ordenó el SEÑOR Dios al hombre ...” (Génesis 2:16). Contrasta esto con el primer acto humano: mostrando una resistencia descarada a la orden de Dios, la mujer “tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido que estaba con ella, y él comió” (Génesis 3:6). Pero la consecuencia de esta rebelión no tomó a Dios por sorpresa, ni hizo que se precipitara a encontrar un medio de redención. Antes de declarar la pena de muerte por el pecado, Dios tenía un Cordero, muerto antes

de la fundación del mundo, y una redención que nos fue dada en Cristo Jesús desde la eternidad (2 Timoteo 1:9).

Observa cuán clara y vívidamente Noemí declara este principio: “Llena me fui, pero vacía me ha hecho volver el Señor” (Rut 1:21). Yo me fui; el Señor me trajo de vuelta. La contribución de Elimelec a la redención fue dejar la casa de pan donde Dios lo había colocado para irse a la tierra de Moab donde él y toda su posteridad murieron. Todo lo que quedaba de su casa y de su nombre era su desolada viuda y dos nueras, igualmente desoladas. Llegados a este punto, será de provecho explorar el significado redentor de Moab y descubrir cómo el Señor hizo que Noemí volviera vacía.

Leemos en Génesis 12:1-4 que Dios llamó a un solo hombre, a Abraham. Dios nunca llama a un grupo, a un comité, o a un consejo. Un hombre, una mente, o una sola voz es suficiente para tomar decisiones y hacer Su voluntad. Abraham fue instruido específicamente a dejar su pueblo —la casa de su padre y a todos sus familiares. Él casi, pero no completamente, obedeció; porque Lot, un sobrino huérfano, fue con él. Lot resultó ser una molestia constante para Abraham dondequiera que iba; y la tierra prometida no se materializó hasta que Abraham se separó de Lot. Entendido espiritualmente, Lot representa la carne y Abraham el espíritu, los cuales siempre se oponen el uno al otro. Al separarse, Lot escogió los exuberantes pastos verdes del valle del Jordán, donde Sodoma se extendía hacia el este. Abraham se quedó con las montañas rocosas occidentales de Mamre. Sin embargo, después de la separación, el Señor le aseguró a Abraham que no había perdido nada de lo que Él le había prometido. Tan lejos como podía ver en todas direcciones, todo le pertenecería a él y a su pueblo para siempre, incluyendo lo que Lot había escogido.

Con el paso del tiempo, Sodoma y Gomorra llegaron a ser tan malvadas, que Dios envió fuego y azufre sobre la ciudad para destruir todo lo que respiraba. Fue sólo por la intercesión persistente de Abraham que Lot logró escapar con su esposa y dos hijas solteras. Aun cuando el ángel del Señor les advirtió que huyeran a las montañas y no miraran hacia atrás, la esposa de Lot miró atrás y fue transformada en una columna de sal. Lot y sus dos hijas vírgenes escaparon a una cueva. Debemos tener en cuenta aquí que Dios había prometido una semilla y una nación a Abraham —el hombre espiritual; pero a Lot —el hombre carnal— Él no le prometió ningún descendiente. La destrucción de todas las hijas casadas de Lot y de su esposa debería haber sido aceptada como la buena voluntad de Dios. Pero las hijas de Lot, ignorantes de la palabra de Dios, creyeron que era necesario producir un descendiente. Así que emborracharon a su padre y durmieron con él, concibiendo ambas en incesto ilegal. Las dos dieron a luz un hijo. La hija menor llamó a su hijo Ben-ammi; y él se convirtió en el progenitor de los amonitas, un feroz enemigo de lo que más tarde fue Israel, y para ella una continua espina clavada en el corazón. La hija mayor llamó a su hijo Moab, patriarca de los moabitas. Moab, también, fue contado entre los permanentes enemigos del pueblo de Dios. Ahora había en la escena de la

redención personas que no tenían promesas de Dios. Ellas no participaron en la gloria de Su Nombre, y parece que el mundo pudo haber estado en mejores condiciones sin ellas. Pero nada toma a Dios por sorpresa. Nunca ha habido un momento o un acontecimiento que no estuviera incluido en Romanos 8:28. ¿Cómo entonces encaja Moab en el plan de Dios para Su pueblo? Salmo 60:8 dice: “Moab es la palangana en que me lavo” (versión DHH).

La palangana era el utensilio donde se echaba a hervir la ropa que estaba muy sucia, para sacarle toda la suciedad impregnada. El agua hervía; el hervor era alimentado por un fuego de llamas vivas. El jabón de soda cáustica cortado y disuelto en el agua penetraba completamente en todos los hilos de la tela, hasta remover todas sus suciedades. Luego las prendas restregadas se enjuagaban, se retorcían para escurrirlas y se colgaban en hilera (una al lado de la otra) para que se secaran. Era una dura experiencia para la ropa; pero el resultado final era que había sido purificada y una vez más estaba lista para ser usada. Esto describe de manera maravillosa el estado de Noemí al regresar a Belén. Ella no es más que una sombra de lo que fue su belleza, pero le queda lo suficiente para que puedan reconocerla. El Todopoderoso la ha tratado duramente, pero ha sido abundantemente misericordioso con ella. Ella tomó la iniciativa y se fue. Dios tomó la iniciativa y la condujo a casa a fuerza de la palangana, haciéndola pasar por el proceso extremo de lavado. Cuando los pecadores se arrepienten, no tienen que agradecerse a su propia decisión gobernada por su libre albedrío. Su arrepentimiento no es el fruto de su sabiduría; es el fruto de la gracia anticipatoria de Dios. En el camino de nuestro estado de caídos, Él ha preparado situaciones duras para traernos a casa. No tenemos buena pinta cuando llegamos a casa, pero estamos en casa. Dios nos ha traído mediante Su palangana.

## ARREPENTIMIENTO GENUINO

*“Y murió Elimelec, marido de Noemí... Murieron también los dos, Mahlón y Quelión, y la mujer quedó privada de sus dos hijos y de su marido. Entonces se levantó con sus nueras para regresar de la tierra de Moab, porque ella había oído en la tierra de Moab que el SEÑOR había visitado a su pueblo dándole alimento. Salió, pues, del lugar donde estaba, y sus dos nueras con ella, y se pusieron en camino para volver a la tierra de Judá” (Rut 1:3a, 5-7).*

Anteriormente, mostramos que el Dios de la Biblia es el Dios del segundo hijo de Noé —Sem— el progenitor de la tribu semítica. Con el tiempo, Dios separó y llamó, de entre este linaje, a un hombre —a Abraham— y prometió hacer de él una nación a través de quien todos los pueblos de la tierra serían bendecidos.

De Abraham nació Isaac; y de Isaac Jacob, cuyo nombre fue cambiado a Israel. Cuando estos descendientes de Abraham entraron en la “tierra prometida” se les llamó israelitas. A esta tierra de promesa se le llamaba Canaán, porque estaba habitada por los descendientes del sobrino de Sem, el

nieto de Noé cuyo padre había sido condenado y castigado a servidumbre (Gén. 9:25). Después de despojar y expulsar a los cananeos, la Tierra Prometida pasó a llamarse Israel; y su pueblo, israelitas.

Sin embargo, el reino unido tuvo una corta vida; fue dividido después de la muerte de Salomón. Su hijo Roboam reinó sobre las tribus de Judá y Benjamín en la parte sur, la que entonces fue llamada “Judá”, o “Judea”. A Jeroboam, hijo de Nebat, se le dieron las otras diez tribus del norte, lo que fue llamado Israel. Con la caída de Samaria alrededor del año 722 aC, Israel fue llevado al cautiverio asirio. Por ese entonces, se perdieron las identidades de estas diez tribus, cuando se casaron con gentes de otros pueblos. Sólo Judá permaneció identificable. En consecuencia, la presencia visible de los descendientes de Abraham, los herederos de su promesa y los únicos que fueron dejados en la tierra, pasaron a ser conocidos como Judá, o “judíos”. La confirmación de que éstos son los descendientes y herederos legítimos de la promesa hecha a Abraham se encuentra en la declaración de Jesús a la mujer samaritana: “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22).

Cada palabra de cada libro de la Biblia fue hablada o escrita por un judío. Todo profeta bíblico era judío. Los discípulos y evangelistas del Nuevo Testamento, sin excepción, eran judíos. El Señor mismo nació judío en este mundo. Cualquier persona que llega a ser salva debe salvarse por la atestiguación y el testimonio de un judío. De estas tres mujeres que salían de Moab para ir a Belén, la Casa del Pan, el lugar determinado para que Aquel que es el pan vivo hiciera su aparición, la única que era judía era Noemí. Las otras dos eran paganas que necesitaban ser rescatadas de las tinieblas. Si ellas debían recibir el evangelio para ser salvas, tendría que ser por la atestiguación —la predicación— de la judía Noemí.

Así que Noemí testificó a sus nueras perdidas y viudas: “Id, volveos cada una a la casa de vuestra madre. Que el Señor tenga misericordia de vosotras como vosotras la habéis tenido con los muertos y conmigo. Que el Señor os conceda que halléis descanso, cada una en la casa de su marido. Entonces las besó, y ellas alzaron sus voces y lloraron, y le dijeron: No, sino que ciertamente volveremos contigo a tu pueblo. Pero Noemí dijo: Volveos, hijas mías. ¿Por qué queréis ir conmigo? ¿Acaso tengo aún hijos en mis entrañas para que sean vuestros maridos?” (Rut 1:8b-11). Entonces ambas levantaron sus voces y lloraron otra vez. Orfa besó a su suegra y regresó a Moab. Pero Rut se aferró a Noemí y se negó a partir. Noemí exhortó nuevamente a Rut, a dejarla y regresar a su pueblo y a sus dioses. Rut entonces hizo esa declaración y afirmación de fidelidad, cuya belleza y gloria ha hecho que sea usada en millones de votos matrimoniales. “No insistas en que te deje o en que deje de seguirte; porque adonde tú vayas, iré yo, y donde tú mores, moraré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú mueras, allí moriré, y allí seré sepultada. Así haga el Señor conmigo, y aún peor, si algo, excepto la muerte, nos separa” (Rut 1:16-17).

Este episodio demuestra maravillosa y poderosamente el carácter del arrepentimiento del evangelio. La evangelización moderna, en bancarrota — abundante en ventas astutas y tácticas de seducción— tiene un enorme problema con “conservar los resultados de la evangelización”; es decir, de guardar a sus conversos de recaer y volver al mundo. Pero un verdadero converso del evangelio (uno que no ha sido persuadido por algún aspirante a ganador de almas, ansioso por colgar otro cuero cabelludo en su cinturón), no puede dejar de serlo. Ha dejado Moab para siempre. No hay nada que lo haga retroceder. Toda su vida pasada quedó atrás. Puede que todavía no sepa nada de su vida futura, pero será lo que Cristo haya ordenado para él. Él no sabe nada de la gente de quien estará acompañado, pero quienesquiera que sean, serán sus parientes. Hipócritas, predicación mediocre, iglesias mundanas — ninguna de estas cosas puede persuadirlo de apartarse del Dios de su salvación. El Dios de la Biblia será su Dios. El Cristo del Calvario será Su Redentor. Los elegidos regenerados por Dios serán su familia, y el Dios de ellos será el Dios de él. Aunque no sabe nada de ellos hasta que nace de nuevo, reconocerá inmediatamente a esa comitiva divina a la que pertenece. El verdadero arrepentimiento es un arrepentimiento genuino. No hay vuelta atrás.

*Y tenía Noemí un pariente de su marido, un hombre de mucha riqueza, de la familia de Elimelec, el cual se llamaba Booz. Y Rut la moabita dijo a Noemí: Te ruego que me dejes ir al campo a recoger espigas en pos de aquel a cuyos ojos halle gracia. Y ella le respondió: Ve, hija mía. Partió, pues, y fue y espigó en el campo en pos de los segadores; y aconteció que fue a la parte del campo que pertenecía a Booz, que era de la familia de Elimelec. **Rut 2:1-3***



## CAPÍTULO 4

### BOOZ

Capaz de redimir

**Debemos tener** en cuenta que la resurrección de los muertos es un concepto exclusivamente del Nuevo Pacto. La vida eterna fue una revelación que no apareció sino hasta el advenimiento de Jesucristo y el Nuevo Pacto. Hasta entonces, el concepto de supervivencia y perpetuidad de vida era que ésta se lograba a través de los hijos. Por eso era tan importante que un hombre tuviera una esposa fértil, capaz de tener hijos, y el por qué Abraham estaba tan angustiado por la esterilidad de Sara. Es también por eso que una esposa sin hijos era reprochada. Si era incapaz de engendrar un heredero, era un peso muerto inútil bajo la responsabilidad de su marido. Si su esposo moría sin hijos, era el fin de su existencia. La carencia de un heredero significaba no sólo el fin de la vida de un hombre, sino también el fin de sus posesiones. Su tierra se transfería a otra familia. La ley de la Redención de Dios esperaba un escenario como ese, y se anticipó.

El pacto eterno de Dios hecho con Abraham en Génesis 13:14 y 17:8 incluía tanto un pueblo como una posesión. Hubo que instaurar medidas que preservaran y perpetuaran las dos cosas. Un hombre podía tener doce hijos y dividir equitativamente sus posesiones entre esos doce hijos. Algunos no serían tan sanos, diligentes o sabios como otros. Algunos prosperarían y se multiplicarían. Otros pasarían por apuros económicos, se empobrecerían y perderían su posesión. Otros morirían sin dejar un heredero. Al volver a visitar el escenario unos cuantos cientos de años después, tal vez se podría encontrar a algunos enriquecidos y aumentados. Otros se habrían arruinado, e incluso otros habrían desaparecido por completo. Para prevenir todo esto, Dios estableció leyes que aseguraran la continuidad perpetua tanto del pueblo como de la posesión. Éstas están registradas en Deuteronomio 25:5-10 y Levítico 25:47-49.

Con respecto al significado tipológico de este registro histórico del linaje humano de nuestro Redentor, el Señor Jesús, dos viudas están ahora en el foco: La judía Noemí, quien poseía la promesa de Dios —pero ahora era demasiado vieja para tener otro marido— y la moabita Rut, quien era lo suficientemente joven para tener un marido y engendrar un heredero; pero era viuda también. Las dos estaban hambrientas y en urgente necesidad de pan. Necesitaban pan común para conservar sus vidas naturales; pero, lo que era aún más importante, necesitaban el Pan del Cielo que aseguraría su supervivencia eterna. Vamos a ver que el Señor, fiel y maravillosamente, suplió ambas necesidades en Belén, la “casa del pan” donde Jesús nació.

Rut —la gentil— recibió permiso de Noemí —la judía— para entrar en el sembradío y buscar pan. Ella sabía que no tenía ningún derecho de exigir ni de rogar por ese pan, y que si tenía éxito en su búsqueda sería por la gracia de Dios. Así que, en realidad, esta pecadora gentil perdida estaba buscando favor.

Como vamos a ver, lo halló; porque “el que busca, halla” (Mateo 7:8). Y sucedió que fue a dar precisamente a la parte del sembradío que le pertenecía al único hombre en toda la tierra que estaba calificado —que tenía el poder y el derecho legal— y quien estaría dispuesto a redimirla. ¡Maravilloso!

¿Has meditado alguna vez en las circunstancias bajo las cuales naciste y fuiste criado; las enseñanzas y oportunidades que se te dieron; el hecho de que estuviste bajo el ministerio y la enseñanza del Evangelio de Jesucristo, donde millones y millones de personas jamás han estado? Dios no dio a Su Hijo Unigénito para que muriera de manera horrible a manos de hombres malvados, sólo por la probabilidad de que algunos quizás creerían en Él y serían salvos. Ningún hombre con una docena de hijos —o más— arriesgaría a uno de ellos por una probabilidad como esa. Jesucristo nació de una virgen, vivió una vida de obediencia perfecta para lograr glorias eternas, y después murió como sustituto expiatorio inmaculado por Su pueblo escogido. Si hemos encontrado el perdón del pecado y la paz y el gozo en Cristo, entonces Aquel cuyo ojo está sobre el gorrión seguramente nos va a llevar al perfecto descanso en Él.

*Entonces Booz dijo a Rut: Oye, hija mía. No vayas a espigar a otro campo; tampoco pases de aquí, sino quédate con mis criadas. Fíjate en el campo donde ellas siegan y síguelas, pues he ordenado a los siervos que no te molesten. Cuando tengas sed, ve a las vasijas y bebe del agua que sacan los siervos. Ella bajó su rostro, se postró en tierra y le dijo: ¿Por qué he hallado gracia ante tus ojos para que te fijes en mí, siendo yo extranjera? Y Booz le respondió, y dijo: Todo lo que has hecho por tu suegra después de la muerte de tu esposo me ha sido informado en detalle, y cómo dejaste a tu padre, a tu madre y tu tierra natal, y viniste a un pueblo que antes no conocías. Que el Señor recompense tu obra y que tu remuneración sea completa de parte del Señor, Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte. (Rut 2:8-12)*

Hemos mencionado anteriormente el pacto eterno de Dios con Abraham. Él prometió a este hombre de más de 90 años, cuya esposa era estéril, que iba a darle una descendencia —un pueblo imperecedero y una posesión. En el curso normal de los acontecimientos, tanto la pérdida de la vida como de las posesiones ocurre. Algunos de nuestros hijos morirán sin dejar descendientes. Sobre otros vendrán tiempos difíciles y empobrecerán, perdiendo todo lo que han heredado. A fin de que el pacto de Dios con Abraham resistiera estas eventualidades desgraciadas, había que hacer provisiones para la restauración o redención tanto de las personas como de las posesiones. Esto es abordado en la ley divina de la redención de Dios que se encuentra en Deuteronomio 24:5-10 y en Levítico 25:47-49. Sólo un pariente consanguíneo cercano tenía el derecho para redimir. Pero, para que este pariente consanguíneo redimiera, también tenía que estar capacitado. La divina providencia de Dios se ilustra maravillosamente en el hecho de que Rut “por casualidad” fue a parar a una parte del campo que pertenecía al único hombre en la tierra que tenía el derecho, el poder y la disposición para redimir. Esto hace de Booz uno de los

tipos más puros de Cristo en la Biblia y hace al libro de Rut un precursor glorioso del Nuevo Pacto, del evangelio de la redención que hay en Jesucristo.

En el consejo eterno de Dios, la redención es un acontecimiento determinado y consumado. Pero su aplicación y comprensión en las vidas de los escogidos de Dios es un proceso cuidadosamente programado. Esto está hermosamente demostrado en nuestra narrativa.

Rut tenía hambre. Nadie está interesado en la comida, a menos que tenga hambre; o en el manantial, a menos que tenga sed. El profeta declara: “Todos los sedientos, venid a las aguas... Escuchadme atentamente, y comed lo que es bueno, y se deleitará vuestra alma en la abundancia” (Isaías 55:1a, 2b).

Rut era humilde también. Desconociendo por completo la ley hebrea que mandaba que el grano y las gavillas que cayeran al suelo durante la cosecha se dejaran para los pobres, salió con la esperanza de que alguien le mostrara gracia. Gracia no es reclamar derechos, sino buscar favor inmerecido y gratuito. Un pecador viene a Cristo no reclamando sus derechos, sino buscando misericordia y gracia inmerecidas. No sabe nada de la elección ni de la predestinación; sólo sabe que es pecador y ha escuchado que Dios tiene misericordia de los pecadores por la obediente rectitud de Cristo.

Rut era honesta. Cuando se le pidió que se identificara, pudo haberse puesto en la posición más favorable, dando a conocer que era la nuera de Elimelec y Noemí, o la viuda de Mahlón. Ella pudo haber aprendido de Noemí que el Dios de Abraham había hecho provisión para los pobres en el sembradío, y que ahora ella podía reclamar ese derecho. Pero no hizo nada de eso. En lugar de eso, admitió que era una mujer moabita viuda y pobre rogando que se le permitiera recoger lo que quedara después de que los segadores hubieran recolectado todo lo que quisieran.

Consideremos ahora la fidelidad del Señor para con Su sierva al satisfacer progresivamente su humilde búsqueda de pan. Durante algún tiempo, ella está buscando a tientas en la tierra rescatando los pocos granos esparcidos en medio de cascarillas y tallos caídos. A la hora del almuerzo es invitada a la casa grande, donde vive el dueño del campo, a sentarse con los segadores habituales. Y entonces, ¿qué es esto? Ahí estaba el gran jefe extendiendo el brazo por sobre la mesa para darle de comer bocados bañados en una salsa deliciosa. Luego, cuando regresó al campo, de repente encontraba puñados enteros, como si alguien se hubiera vuelto deliberadamente descuidado dejando caer grano perfectamente bueno. Llevó una cesta llena a Noemí, quien se regocijó [en el hecho de] que la bondad de Dios para con los vivos y los muertos no había cesado. A medida que avancemos en la narración veremos que después ella logró llevarle a Noemí un manto lleno [de cebada], y que por último terminó con la totalidad de los cultivos, bueyes, mulas, arados, graneros y casas; y, sí, con Booz mismo.

*Entonces su suegra le dijo: ¿Dónde espigaste y dónde trabajaste hoy? Bendito sea aquel que se fijó en ti. Y ella informó a su suegra con quién había trabajado, y dijo: El hombre con el que trabajé hoy se llama Booz. Y Noemí dijo a su nuera: Sea él bendito del Señor, porque no ha rehusado su bondad ni a los vivos ni a los muertos. Le dijo también Noemí: El hombre es nuestro pariente; es uno de nuestros parientes más cercanos. Entonces Rut la moabita dijo: Además, él me dijo: “Debes estar cerca de mis siervos hasta que hayan terminado toda mi cosecha.” Y Noemí dijo a Rut su nuera: Es bueno, hija mía, que salgas con sus criadas, no sea que en otro campo te maltraten. Y ella se quedó cerca de las criadas de Booz espigando hasta que se acabó la cosecha de cebada y de trigo.*

**Rut 2:19-23**

# CAPÍTULO 5

## RUT

### Buscando descanso

**Las Escrituras**, en Hebreos 4:3-9, dejan abundantemente claro que hay una condición y un estado que el pueblo de Dios ha de obtener que se llama “reposo”. Para peregrinos luchando, débiles, cansados, con los pies adoloridos, deteriorados por la lucha y agotados, con corazones cargados de pesar por las múltiples aflicciones y angustias, esta es una dulce y bendita promesa. “Reposo”, en el sentido que estamos considerando, no es un estado de inactividad sino un cese total de la lucha por conseguir alguna cosa. Esta es una maravillosa característica de la gracia. La gracia contrasta con las obras en que las obras luchan por hacer lo suficiente para cumplir con la tarea, mientras que la gracia descansa en la realidad de lo que ya ha sido hecho.

En la tipología de la narrativa que estamos considerando, Rut representa a la iglesia gentil que se ha comprometido a sí misma con el Dios de Israel. En 1:16-17 Rut hizo esa promesa gloriosa de fidelidad a Noemí y a su pueblo, por mientras viviera. Ahora Noemí no era solamente la evangelista hebrea para Rut, sino también la palabra de salvación y vida para todo aquel que reposara bajo las alas del Dios de Jacob. “¿No he de buscar seguridad para ti, para que te vaya bien?” (Rut 3:1). Booz no puede representar a nadie que no sea el propio Señor Jesucristo. Consideremos que Booz era el propietario del campo. Jesucristo es el Heredero de todas las cosas. Booz es el pariente redentor, el único que tiene el derecho para redimir. Jesús se humilló a Sí mismo y se hizo uno con la raza humana, con el fin de poder tener el derecho para redimir (Hebreos 2:9-11, 17).

Si hemos de ser redimidos, debemos fijar nuestra mirada en Aquel que tiene tanto el derecho como el poder para redimir. Existe un peligro muy real de conformarse con menos que Booz y escaparse con uno de estos jóvenes. Multitudes de personas hacen exactamente eso. ¿Quiénes son estos “jóvenes”? Son los empleados de Booz; pero ellos no tienen ni el derecho ni el poder para redimir. En nuestra experiencia están compuestos por cosas como la membresía de la iglesia, enseñar en la escuela dominical, la evangelización, hacer el bien a otros, y hasta predicar. Todos ellos pueden producir algún grado de satisfacción religiosa y hacer un poco de bien; pero no pueden darnos reposo de nuestros pecados, y no pueden redimir. Si ellos son todo lo que tenemos para llevar ante el juicio, seremos expulsados junto con todos los hacedores de maldad. Nuestro “Booz” no es otro que Jesucristo. Tenemos que acudir a Él. ¿Dónde lo vamos a encontrar? Él está abajo en la trilla, donde está siendo separado el grano de la paja de Su cosecha.

Límpiate. Despójate de todo pecado conocido e ídolos mundanos. Alístate para ser la virgen pura que es la esposa de Cristo. Acude a Él, acuéstate a Sus pies y espera hasta que Él te reconozca. Su bendición y aceptación de ti no estará basada en qué tan bien has trabajado en Su campo, sino en que rehusaste a conformarte con nada menos que Él. Lo que Él te mande que hagas, hazlo. Él te cubrirá con Su manto y te hará descansar mientras Él asciende a la Puerta en representación tuya.

El capítulo cuatro sitúa a Booz sentado a la puerta, listo para negociar. Él no tenía ninguna necesidad personal; lo único que le interesaba era la necesidad de Rut. Del mismo modo, Jesucristo “padeció fuera de la puerta” (Hebreos 13:12), “el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3:18). Noemí buscaba reposo para Rut en Booz. Las Escrituras nos harían encontrar reposo en el Redentor asignado por Dios, Jesucristo. Él es el Único que tiene el derecho, el poder, y la disposición para redimir a todos los que vengan a Él. Él lo hará.

*Después su suegra Noemí le dijo: Hija mía, ¿no he de buscar seguridad para ti, para que te vaya bien? Ahora pues, ¿no es Booz nuestro pariente, con cuyas criadas estabas? He aquí, él avienta cebada en la era esta noche. Lávate, pues, úngete y ponte tu mejor vestido y baja a la era; pero no te des a conocer al hombre hasta que haya acabado de comer y beber. Y sucederá que cuando él se acueste, notarás el lugar donde se acuesta; irás, descubrirás sus pies y te acostarás; entonces él te dirá lo que debes hacer. Y ella le respondió: Todo lo que me dices, haré. Descendió, pues, a la era e hizo todo lo que su suegra le había mandado (Rut 3:1-6).*

En esta narrativa histórica de personas en la genealogía humana del Señor Jesucristo hemos estado examinando una gloriosa alegoría de la redención. Es comprensible que las alegorías —que generalmente son ficcionales— sean sospechosas cuando se emplean en la interpretación bíblica. La razón de esto es que los escritores de ficción están obligados a inventar figuras alegóricas para dar fuerza a sus historias. Pero Dios nuestro Creador, quien ordena todas las cosas en el universo según el propósito de Su bondad, no está obligado a inventar personas, cosas, o acontecimientos irreales. Él emplea tipos y figuras creadas que son realidades históricas, tanto para profetizar como para cumplir Su buena voluntad y propósito. El libro histórico de Rut es una gloriosa demostración de esto. Hasta ahora, hemos visto a la mujer hebrea Noemí como un tipo de la Palabra de Dios dando testimonio y enseñanza a gentiles elegidos, quienes, a su vez, están representados por Rut, su nuera moabita viuda. Ellas habían encontrado a la única persona en la tierra que tenía tanto el poder como el derecho para redimirla. Aunque Él podía, aún no se había determinado que él sería su redentor. Noemí había dado a Rut instrucciones específicas, y Rut había resuelto hacer todo lo que se le dijo.

*Cuando Booz hubo comido y bebido, y su corazón estaba contento, fue a acostarse al pie del montón de grano; y ella vino calladamente, descubrió sus pies y se acostó. Y sucedió que a medianoche el hombre se asustó, se volvió, y he aquí que una mujer estaba acostada a sus pies. Y él dijo: ¿Quién eres? Y ella respondió: Soy Rut, tu sierva. Extiende, pues, tu manto sobre tu sierva, por cuanto eres pariente cercano. Entonces él dijo: Bendita seas del Señor, hija mía. Has hecho tu última bondad mejor que la primera, al no ir en pos de los jóvenes, ya sean pobres o ricos. Ahora hija mía, no temas. Haré por ti todo lo que me pidas, pues todo mi pueblo en la ciudad sabe que eres una mujer virtuosa. Ahora bien, es verdad que soy pariente cercano, pero hay un pariente más cercano que yo. Quédate esta noche, y cuando venga la mañana, si él quiere redimirte, bien, que te redima. Pero si no quiere redimirte, entonces yo te redimiré, vive el Señor. Acuéstate hasta la mañana...Dijo además: Dame el manto que tienes puesto y sujétalo. Y ella lo sujetó, y él midió seis medidas de cebada y se las puso encima. Entonces ella entró en la ciudad. Cuando llegó a donde estaba su suegra, ésta dijo: ¿Cómo te fue, hija mía? Y le contó todo lo que el hombre había hecho por ella. Y dijo: Me dio estas seis medidas de cebada, pues dijo: “No vayas a tu suegra con las manos vacías.” Entonces Noemí dijo: Espera, hija mía, hasta que sepas cómo se resolverá el asunto; porque el hombre no descansará hasta que lo haya arreglado hoy (Rut 3:7-13, 15-18).*

Hasta aquí, en esta narrativa hemos visto a Rut representando a los gentiles elegidos, cuyo linaje no es de Abraham, Isaac y Jacob (quienes tenían las promesas de Dios), sino de ese gran grupo que ha sido incorporado a la comunidad del pueblo de Dios. Rut, como todos nosotros, no fue adoptada sin su firme determinación de que el Dios de Noemí fuera su Dios y que el pueblo de Noemí fuera también su pueblo (Rut 1:16-17). Sin embargo, su determinación no podía asegurar que ella sería adoptada en la familia de Dios. Los mendigos no pueden exigir de sus benefactores lo que esperan de ellos. Sólo pueden postrarse a los pies de su señor. Booz mismo representa nada menos que a nuestro Pariente Redentor Jesucristo, quien se humilló a Sí mismo y se unió a la raza humana, con el fin de poder calificar para ser nuestro Pariente Redentor (Hebreos 2:9-16).

La Biblia nos dice que el justo vivirá por la fe. Esto es igualmente cierto tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento y se demuestra en la serie de menciones en Hebreos, capítulos 11 y 12. La fe —la fe en el evangelio— nunca se ejerce separada de riesgo, sin el cual es un fraude barato. La pureza y el poder de la fe se mide en proporción directa a su riesgo. Si no hay peligro de pérdida en nuestras acciones, todas ellas carecen de fe. Consideremos la fe de Rut que se muestra aquí. Una viuda joven y atractiva fue a medianoche y se acostó a los pies de un soltero viril y joven. Si él no es el hombre honorable que ella necesita, su reputación se arruinará, y ningún hombre la aceptará. Sin embargo, cuando la fe se ejerce con vistas al Dios de la Biblia, no será defraudada. Booz despertó a medianoche y encontró a esta mujer acostada a sus pies. Él no sólo se había fijado en ella, sino que se había preocupado de

preguntar por ella. Cuando estamos suplicando al Señor y trayendo nuestras necesidades delante de Él en oración, no necesitamos tratar de impresionarlo con nuestra fidelidad, nuestra integridad, o nuestra valoración. Él ya conoce más sobre nosotros de lo que nos conocemos a nosotros mismos; y, a pesar de eso, está dispuesto a ser nuestro Dios y nuestro Libertador. Booz prometió hacer todo lo que Rut le pidió que hiciera. Sin embargo, había otro pariente más cercano a Rut que Booz. Este pariente consanguíneo más cercano tenía el primer derecho de compra sobre Rut y sus bienes. Booz no podía hacer nada, a menos que y hasta que el otro se desvinculara. Así que lo primero que Booz tenía que hacer era quitar de en medio a este pariente consanguíneo más cercano. Pero es importante tener en cuenta que Booz le había prometido a Rut que lo haría. Y veremos que, de hecho, lo hizo.

## **El Dios de Sem**

*Y murió Elimelec, marido de Noemí... Murieron también los dos, Mahlón y Quelión, y la mujer quedó privada de sus dos hijos y de su marido. Entonces se levantó con sus nueras para regresar de la tierra de Moab, porque ella había oído en la tierra de Moab que el SEÑOR había visitado a su pueblo dándole alimento. Salió, pues, del lugar donde estaba, y sus dos nueras con ella, y se pusieron en camino para volver a la tierra de Judá (Rut 1:3a, 5-7).*

La verdad que estamos a punto de explorar, la cual yace en los cimientos de este pasaje es, por decir lo menos, políticamente incorrecta. La proposición que dice que todos los hombres son creados iguales surgió de la nada, para hacer que todos “se sintieran bien consigo mismos”. Pero esta declaración es absurda a simple vista. Cualquiera que lo considere seriamente y tenga la suficiente sensatez para enfrentar la realidad, sabe que no es cierto. El igualitarismo es una fantasía poco realista, y en palabras de Lincoln en su discurso en Gettysburg, un romanticismo, que, sin embargo, es tenazmente recitado en esta nación. Difícilmente se puede imaginar el fastidio de vivir en una sociedad estancada de criaturas —incluso de la misma especie— todas exactamente iguales, sin que ninguna sobresalga en ningún rasgo, calidad o sentido. Prácticamente todas las dinámicas del universo trabajan sobre el principio de las diferencias: diferencia de aspecto, color, tamaño, peso, volumen, velocidad, potencia, temperatura, forma, durabilidad, textura, densidad ... la lista es interminable.

El libro de Rut sería despojado de sus bellezas, especialmente con respecto al evangelio, de no ser porque explora el enorme privilegio que algunos hombres tienen sobre otros, así como la desigualdad de sus caracteres. El apóstol Pablo no tuvo pelos en la lengua al advertir de la dificultad de evangelizar a los cretenses, a quienes describió como “mentirosos, malas bestias, glotones ociosos” (Tito 1:12). Independientemente de si uno cree que el acontecimiento histórico registrado en Génesis 9:20-27 traza el origen de tres razas principales de hombres de las cuales todos descendimos, no se puede negar el testimonio



de la historia o la exhibición inconfundible de su realidad en la actualidad. “Y dijo: Maldito sea Canaán, siervo de siervos será para sus hermanos. Dijo también: Bendito sea el SEÑOR de Sem; y sea Canaán su siervo: Engrandezca Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem; y sea Canaán su siervo” (Génesis 9:25-27).

En primer lugar, todos los que ahora habitamos la tierra descendimos de uno de esos tres hombres: Cam, Sem, o Jafet. En segundo lugar, hay personas en esta tierra que tienden a ser serviles. Aun cuando estas personas han tenido el mismo acceso al aprendizaje, la industria, los recursos y las oportunidades que otras que llegaron a ser educadas y expertas —sobresaliendo en la industria y en las artes— ellas siguen siendo poco desarrolladas. Estos son los descendientes de Canaán. Es significativo el hecho de que esta maldición no aplicó a toda la descendencia de Cam, sino sólo a Canaán y a su descendencia. “Maldito sea Canaán, siervo de siervos será para sus hermanos”. En tercer lugar, hay un linaje de personas que tienden a ser industriales e innovadoras, que persiguen diligentemente el aprendizaje y que constantemente cultivan, inventan, movilizan, se industrializan y, en general, siguen lo que Dios ordenó al hombre en Génesis 1:28. “Engrandezca Dios a Jafet”. Además hay un pueblo que, más que ningún otro, ha sido “el pueblo de Dios”. “Bendito sea el SEÑOR de Sem”. El Dios del mundo judeocristiano es el Dios de Sem. Cada palabra de cada página de nuestra Biblia fue escrita por un descendiente de Sem. Cada profeta vino del linaje de Sem. Tenemos un Salvador semítico. Cada libro de la Biblia fue escrito por Sem. Cada uno de los evangelistas y apóstoles primitivos fueron, sin excepción, descendientes de Sem. La iglesia cristiana hoy día es universalmente percibida como una iglesia gentil, pero comenzó como una iglesia estrictamente judía, e, irónicamente, no fue poco el escándalo sobre si los gentiles iban a ser admitidos o no. ¡Sí, efectivamente! Jafet ha venido a habitar en las tiendas de Sem. Hay otro sentido muy real en el cual se cumple esta profecía: “Jafet habite en las tiendas de Sem”. El judío es el “propietario” del mundo. La mayor parte de los bienes raíces le pertenece. Hay una buena razón para ello. La mayoría de las personas adquieren algo con la visión de su beneficio o utilidad para ellos durante su vida. Los bienes raíces son “comprados a precios bajos y vendidos a precios altos”, nada diferente de cualquier otra mercancía comercial. No es así con un descendiente de Abraham. Si compra bienes raíces, no tiene la intención de venderlos... nunca. La utilidad que tiene para su vida es sólo el comienzo de su valor. Puede que ni siquiera tenga un uso inmediato para él mismo. Él lo ve como una posesión para sus descendientes para siempre. Las posesiones de Sem pueden estar bajo el nombre de bancos, corporaciones y sindicatos; pero, si se cava lo suficientemente profundo para averiguar quién es el tenedor mayoritario del capital, se descubrirá que casi siempre es un descendiente de Sem. Como alguien hizo notar: puedes despojar a un judío, llevarlo en un tren fuera de la ciudad, y dejarlo ahí. Diez años más tarde regresará, convertido en el presidente del banco First National, y te parará delante de él, sombrero en mano, pidiendo un préstamo hipotecario.

Pero, volviendo ahora al enfoque espiritual y al carácter redentor del libro de Rut, notemos cómo toda su escena redentora —que culminará en la salvación de Rut— depende de Noemí, la judía. Fue ella quien escuchó por primera vez la buena noticia de que había pan en Belén. Cuán perfecta y maravillosamente estas escrituras profetizan el nacimiento de Jesucristo en Belén, el “Pan que descendió del cielo” (Juan 6:47-51). El evangelio no fue entregado a Orfa ni a Rut, sino a Noemí, porque “la salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). Si estas gentiles perdidas llegaran a tener alguna esperanza de vida como consecuencia del Pan en Belén, sería por medio de Noemí la judía. Jesús ordenó que el evangelio fuera predicado primero en Jerusalén, luego en toda Judea, luego en Samaria, y después hasta los confines de la tierra (Hechos 1:8). Y así Jafet ha venido a habitar bajo el refugio de las alas del Dios de Sem.

*Y Booz subió a la puerta y allí se sentó, y he aquí que el pariente más cercano de quien Booz había hablado iba pasando, y le dijo: Eh, tú, ven acá y siéntate. Y él vino y se sentó. Entonces dijo al pariente más cercano: Noemí, que volvió de la tierra de Moab, tiene que vender la parte de la tierra que pertenecía a nuestro hermano Elimelec...Y él dijo: La redimiré. Entonces Booz dijo: El día que compres el campo de manos de Noemí, debes adquirir también a Rut la moabita, viuda del difunto, a fin de conservar el nombre del difunto en su heredad. Y el pariente más cercano respondió: No puedo redimirla para mí mismo, no sea que perjudique mi heredad. Redímela para ti; usa tú mi derecho de redención, pues yo no puedo redimirla. **Rut 4:1,3,4-6***

# CAPÍTULO 6

## BOOZ

### De la ley a la gracia

**Hasta aquí, cada** persona en esta narración tiene un nombre que tiene un significado; y el significado tiene mucho sentido en el panorama completo de la redención del Nuevo Pacto. Noemí significa agradable. Rut quiere decir amistad. Orfa significa joven lozanía. Quelión quiere decir languidez. Booz significa fuerza. Pero a este pariente consanguíneo, el que tenía el derecho preferencial y la obligación de redimir la herencia de Elimelec, no se le nombra. Esto no es una omisión, sino que es deliberado y necesario para la lección espiritual que vamos a sacar de esta narración.

¿Quién era este pariente más cercano, el Sr. “Fulano de tal”? Algunos han pensado erróneamente que representa la ley, valiéndose de las enseñanzas del apóstol Pablo en Romanos 7:1-4. La única eventualidad para que esta mujer casada se casara con otro, era que su marido hubiera muerto. Sin embargo, esa teoría tiene un gran problema: la Ley no ha muerto; y no morirá hasta que todo se haya cumplido. “Hasta que pasen el cielo y la tierra, no se perderá ni la letra más pequeña ni una tilde de la ley hasta que toda se cumpla” (Mateo 5:18). La mujer en Romanos 7 no está casada con la ley; la ley es meramente lo que la mantiene casada al vago que la mantiene como esclava suya. El pariente más cercano, la única persona que se interpone en el camino para que alguien sea redimido o se case con Cristo, es el viejo hombre. Es el yo. Esa es la única persona en toda la tierra que puede impedir que seas redimido, salvado, liberado, quien te puede mantener alejado de Cristo. Para vivir tienes que morir. El camino para ser enaltecido es humillarse. “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la pierde; y el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para vida eterna” (Juan 12:24-25).

Llegados a este punto, será necesario repasar el código legal hebreo concerniente a la línea de sucesión de las personas y de las posesiones. El pueblo hebreo, que está constituido por las doce tribus de Israel, fue el instrumento de revelación que Dios escogió; y es vital que este instrumento divino de revelación sea preservado intacto, en su totalidad, mientras el mundo permanezca. Pero en el transcurso normal de la vida cualquier individuo puede pasar por tiempos difíciles y perder su posesión, mientras otro prospera y aumenta sus propiedades. También, un hombre puede morir sin dejar heredero alguno; entonces tanto su tierra como su nombre dejarían de pertenecer a la familia. A fin de preservar tanto un pueblo como sus posesiones, el Señor les dio las leyes mosaicas de herencia registradas en Deuteronomio 25. De particular interés para nosotros en el asunto de Rut es la aplicación de estas leyes con respecto a la muerte de Mahlón —el esposo de Rut— que no dejó heredero para continuar su nombre. Entonces Rut recurrió a Booz, y él le aseguró que se encargaría del asunto. Nosotros, como Rut, somos mendigos incapaces. No

tenemos influencia alguna por la cual podamos mover a Dios a demostrarnos misericordia y gracia. Nuestra esperanza está completamente ligada a Su misericordia, integridad y poder.

Booz, un tipo de nuestro Pariente Redentor, Jesucristo, oyó la oración presentada a sus pies. Si esperamos que Cristo sea nuestro Salvador y Dios, debemos arrojarnos con todo nuestro ser a Él. Si Él no es el Dios que dice ser, estamos arruinados y perdidos. Una vez más, nosotros, como Rut, somos pordioseros incapaces que no tenemos influencia alguna por la cual podamos mover a Dios a demostrarnos misericordia y gracia, y nuestra esperanza está completamente ligada a Su misericordia, integridad, y poder. No había nada más que Rut pudiera hacer, excepto subir a la casa y esperar a que Booz se hiciera cargo de ella.

Las transacciones legales que hoy en día se realizan en los juzgados, en esa época se hacían en la puerta de la ciudad. Las propias partes interesadas concurrían a la puerta de la ciudad, y las transacciones a realizarse se hacían ante los ancianos (Rut 4:1-2).

## **Rut en reposo**

*Booz tomó a Rut y ella fue su mujer, y se llegó a ella. Y el Señor hizo que concibiera, y ella dio a luz un hijo. Entonces las mujeres dijeron a Noemí: Bendito sea el Señor que no te ha dejado hoy sin redentor; que su nombre sea célebre en Israel. Sea él también para ti restaurador de tu vida y sustentador de tu vejez; porque tu nuera, que te ama y es de más valor para ti que siete hijos, le ha dado a luz. Entonces Noemí tomó al niño, lo puso en su regazo y fue su nodriza. Y las mujeres vecinas le dieron un nombre, diciendo: Le ha nacido un hijo a Noemí. Y lo llamaron Obed. El es el padre de Isaí, padre de David. (Rut 4:13-17)*

La palabra “reposo”, en la forma que se emplea y se aplica en el libro de Rut, no quiere decir inactividad o cese de movimiento. Antes bien, tiene como objetivo expresar un cese de la lucha para conseguir algo. Noemí y Rut eran viudas. Sus esposos habían muerto dejándolas desoladas, sin nadie para apoyarlas o suplir sus necesidades. Además, y lo que es aún más significativo, no tenían ninguna expectativa de descendencia. Tal como estaban las cosas, cuando ellas murieran, sus nombres, junto con los de sus maridos, serían borrados de la raza humana.

Pero ahora, la abuela Noemí (no Rut) estaba siendo felicitada por el nacimiento de Obed. La razón de esto era la necesidad de preservar el linaje del Mesías, Aquel que había sido prometido para redimir la raza humana después de la muerte de Adán (Génesis 3:15). La raza una vez más se corrompió a sí misma por el pecado y fue destruida por el Diluvio, preservándose la semilla en Noé. Después del Diluvio, la promesa mesiánica fue renovada a Abraham y a

sus descendientes Isaac y Jacob, cuyo nombre fue cambiado a Israel (Génesis 35:10).

“Vosotros sois testigos hoy” (Rut 4:9). Mundialmente, el calvario es un hecho. Por más de dos mil años, la muerte redentora del Señor Jesucristo en la Cruz se ha mantenido ilesa ante los ataques de los enemigos del cristianismo. La compra de Cristo de Su iglesia como Su esposa será por siempre el momento más sublime de la historia humana.

A la semilla engendrada por Booz, el hombre de fortaleza, se le nombra “Obed”, que significa “siervo, servidor”. El primer Adán vendió a su posteridad en esclavitud por su ambición de “ser como Dios”. El segundo Adán, Jesucristo — tipificado en Booz— es el Hombre de fortaleza. Él nos liberó de esa esclavitud, al comprometerse a pagar la deuda contraída por el pecado cuando la raza humana cayó en Adán. Jesús nos enseña que Su pueblo no será conocido por su poder, fuerza, o dominio, sino por su esclavitud humilde. Ellos no prestan servicio con el fin de lograr que se haga alguna cosa. Todo está hecho ya. Las palabras de Jesús en la Cruz, “Consumado es”, han puesto fin a los esfuerzos de Adán por entrar en el reposo. Lo único que nos queda por hacer es descansar, adorar, y regocijarnos en Jesucristo. Ese es el servicio que agrada a Aquel que ha terminado la obra.

## **Conclusión**

En Conclusión, el libro de Rut nos ha dado en una alegoría histórica siete doctrinas cristianas esenciales:

En Elimelec, la doctrina de Dios.

También en Elimelec, la doctrina del hombre.

En Noemí, la doctrina de la Caída.

En Mahlón y Quelión, la doctrina de la depravación.

En Orfa, la doctrina de la apostasía.

En Rut, la doctrina de la conversión y la perseverancia.

En Booz, la doctrina de la Redención y el Reposo en Cristo.